

PUNTO

ROJO

# el azar vengador

cliff bradley



EL AZAR VENGADOR



**CLIFF BRADLEY**

## **EL AZAR VENGADOR**

**Colección PUNTO ROJO n.º 133**  
**Publicación semanal**  
**Aparece los SABADOS**

**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**  
**BARCELONA**  
**BUENOS AIRES**  
**BOGOTA**



DEPOSITO LEGAL B 27.029 - 1964

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

1.<sup>a</sup> EDICIÓN NOVIEMBRE - 1964

© CLIFF BRADLEY - 1964  
SOBRE EL TEXTO LITERARIO

© JOSE CURTIELLA - 1964  
SOBRE LA CUBIERTA

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**  
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1964

N. R. 5544/64

**Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia**

## CAPÍTULO PRIMERO

El 5 de noviembre, a las diez y media de la mañana, según era su invariable costumbre, que sólo la guerra y los bombardeos alemanes consiguieron trincar, *sir* Roger Ballantyne cruzó la puerta de su club, el muy exclusivo «Club Sevenoaks», respondió a una ligera inclinación de cabeza al profundo saludo del engalonado portero, se quitó el abrigo, el sombrero y los guantes, dándoselos al botones que había acudido a su encuentro y preguntó:

—¿Ya ha llegado mi correspondencia, Thompson? Esta pregunta, como todas sus restantes acciones antes y después de ella, constituían un rito que jamás variaba *sir* Roger.

El portero asintió gravemente.

—Sí, señor. Ahora mismo se la traigo.

Fue a un casillero de roble pulido, extrajo cuatro cartas y un pequeño paquete de una de las casillas y volvió con todo ello.

—Aquí está, señor.

*Sir* Roger echó una ojeada indiferente a las cartas y otra más curiosa al paquete, luego se fue para dentro, hacia la chimenea encendida en el gran salón.

El «Club Sevenoaks» era uno de los más exclusivos y aristocráticos de Londres y nada faltaba en él de cuanto, pudiese hacer agradable la existencia a un buen caballero inglés, enamorado del orden, las jerarquías y todas esas cosas que convirtieron a Inglaterra en dueña de un Imperio que contribuye al bienestar de los afortunados hijos de las islas. Techo de roble tallado, paneles pintados por serios artistas incontaminados de las absurdas doctrinas francesas, gruesas alfombras, grandes y confortables sillones, graves y eficientes servidores, buen licor y una amplia chimenea encendida que caldeaba gratamente el ambiente.

En todo el amplio salón tal vez no había a aquella hora ni media docena de socios, y el ruido que hacían no bastaba para apagar el crepitar de los troncos en la chimenea. Como afuera hacía el típico tiempo invernal de Londres, varias luces indirectas estaban encendidas cooperando a dar claridad al de otro modo penumbroso salón.

*Sir* Roger estaba llegando a la chimenea cuando otro de los miembros del club entró en él. Se trataba del señor Harvey Granger, que también recogió un par de cartas yéndose hacia la chimenea y saludando con la cabeza a *sir* Roger, aunque sin hablarle. Los dos hombres apenas si se conocían y quizá nunca habían llegado a cambiar una docena de palabras en total.

Se arrellanaron uno frente a otro en sendos sillones y, casi al mismo tiempo, iniciaron la rutinaria tarea de leer su correspondencia. Cualquier observador que los hubiera contemplado no habría podido por menos que notar el extraordinario contraste entre ambos hombres.

*Sir* Roger era, sin duda alguna, un tipo notable. A los cincuenta años, con su llameante pelo rojo, sus grandes facciones de un color subido, sus anchos hombros y su alta y altiva figura, era la perfecta estampa de un típico señor rural de la vieja escuela, y tanto su lenguaje como sus modales concordaban perfectamente con la tradición de los buenos y audaces aristócratas.

Granger era todo lo contrario y lo que podía llamarse un hombre común. De media estatura y regular complexión, moreno, no mal parecido, de unos treinta y tres años, tranquilo y reservado. Su padre le había dejado una buena posición, pero como el ocio no le seducía, se dedicaba a los negocios.

El dinero atrae al dinero. Harvey Granger lo heredó, lo multiplicó y hasta se había casado con él. Lo hizo con la hija de un difunto manufacturero de Manchester que tenía no menos de medio millón de libras esterlinas. Mas en este caso, justo es confesar que el dinero de ella fue un mero accidente y no un motivo. Granger estaba enamorado y se habría casado (decían sus amigos) aunque ella no hubiera tenido un cobre.

Ella era una mujer alta, de mentalidad seria y cultivado espíritu, pero no demasiado joven como para carecer de carácter, pues tres años atrás, cuando se casó, había cumplido ya los veinticinco. Y era

ciertamente muy hermosa. Tal vez un poco puritana de costumbres, pero Granger, que había tenido una alegre juventud, estaba dispuesto a serlo él igualmente, y se había amoldado fácilmente al carácter y costumbre de su esposa, que por otra parte, era en todo lo que se llama una mujer ideal. En fin, y para decirlo de una vez, los Granger habían realizado esa octava maravilla del mundo moderno que es un matrimonio feliz.

Después de leer sus cartas, *sir* Roger abrió el paquete destapando la caja que lo formaba, y al ver su interior emitió un fuerte gruñido de disgusto. Esto hizo que Granger le mirase y, con otro gruñido, *sir* Roger le tendió bruscamente una carta que había sido incluida en el paquete.

—¡Bombones! ¿Qué se ha creído esa gente? —Gruñó mientras lo hacía—. ¡Bombones de licor!

Disimulando una sonrisa, pues los modales de *sir* Roger eran tema de bromas para sus consocios, Granger tomó la carta, leyéndola.

Provenía de una gran firma de fabricantes de chocolate, «Wilbury and Sons», y explicaba muy cortésmente que se proponían lanzar al mercado una nueva marca de bombones de licor, destinados especialmente al gusto masculino. ¿Querría *sir* Roger Ballantyne hacerles el honor de aceptar aquella caja de un kilo y comunicar a la firma su sincera opinión sobre los bombones?

—Pues no me parece..., —inició, devolviendo la carta y siendo rápidamente interrumpido por un *sir* Roger humeante de rabia.

—¡Mi sincera opinión! ¿Me toman acaso por una corista? ¡Dar testimonio sobre sus chocolates! ¡Esto es intolerable!

—¡Bueno! Desde luego, resulta un poco incorrecto...

—¡Del todo incorrecto! ¡Voy a escribirles, sí, pero es mandándolo al diablo a ellos y sus bombones!

—La verdad, no creo que sea para tanto —procuró calmarlo Granger—. Es posible que tengan esa costumbre. Y ahora que recuerdo... Mi esposa y yo estuvimos anoche en un palco del «Majestic». Hacia el final del segundo acto yo le aposté una caja de bombones contra cien cigarrillos a que no acertaría con el culpable y ganó; así es que tengo que acordarme de comprárselos. ¿Vio usted esa obra? «La casa tenebrosa». No es mala del todo.

*Sir* Roger no la había visto y así lo declaró con energía.

—No suelo asistir a esa clase de obras. Me parece un modo estúpido de perder el tiempo —luego más suave y acaso por ver el gesto de Granger, añadió—: ¿De modo que necesita una caja de bombones? Bueno, pues tome ésta, si lo desea.

—Pero... No creo que deba aceptarla... —vaciló Granger.

—¡Tonterías! ¿Se figura, acaso, que yo voy a ponerme ahora a comer bombones? Me hará un favor llevándosela a su mujer.

Aún se mantuvo Granger unos instantes indeciso. Por una parte, el inesperado regalo de *sir* Roger le ahorra una molestia, pero por otra no le parecía correcto llevarle a su esposa la caja enviada a aquel cascarrabias... Se decidió por aceptar.

—Está bien. Pero conste que soy yo el agradecido, *sir* Roger.

—Me es igual quién lo esté, con tal de no ver más esos malditos bombones. Tome usted.

Le dio la caja, y mientras Granger la ataba, hizo un lío con la envoltura y la carta de los fabricantes.

—Tome esto también, si le interesa.

—¿Para qué? —Granger echó la pelota de papel a la chimenea —. Bien, le doy las gracias de nuevo, *sir* Roger. ¿No querrá aceptarme un *brandy*? Ese licor sí que será de sus preferencias...

*Sir* Roger rió, algo más calmada su indignación.

—Desde luego que sí.

Veinte minutos más tarde, los dos hombres se despedían cordialmente en la puerta del club. Granger montó en su coche, yéndose a su oficina, y llegada la hora del almuerzo marchó para su tasa, con la caja de bombones envuelta en otro papel.

Vivía en una hermosa mansión, cerca de la carretera de Durham, lo bastante, cerca de la ciudad para permitirle estar en la City en veinte minutos y lo suficiente lejos para gozar de aire puro y un hermoso paisaje campesino.

Encontró a su esposa arreglando unas matas de rododendros en el invernadero.

Gladys Joan Granger se presentaba en todo instante como una mujer bien vestida, y así se mostraba ahora también. Recibió a su marido con una sonrisa cariñosa.

—Has llegado un poco antes que de costumbre —dijo ofreciéndole la mejilla. Olía siempre a rosas recién cortadas y ella misma recordaba a esas flores señoriales.

Su esposo la besó con efusión.

—Había poco trabajo hoy y yo aún tenía menos ganas de hacerlo. Además me encuentro mucho mejor a tu lado.

Ella le pagó con una sonrisa radiante.

—Eres un adulator...

—Bien sabes que no. ¿No quieres prepararme un *cocktail*?

La tomó del brazo, llevándola hacia el interior de la casa. Eran, y lo parecían, una pareja completamente feliz.

Después de la comida, y mientras tomaban el café, Graham mencionó los bombones.

—Joan, ¿no tienes nada que preguntarme?

—Pues..., ¿sobre qué?

—Me parece que existe entre ambos una deuda de juego, ¿no?

Rió ella, divertida.

—Ya se me había olvidado...

—Pues a mí no. Espera un momento, que voy a pagártela.

Salió del comedor, regresando al poco con la famosa caja de bombones.

—Aquí la tienes. Bombones de licor.

La mujer abrió enseguida la caja.

Los bombones aparecían muy bien preparados, pero Granger no quiso echar a perder un buen café comiendo el que su esposa le ofrecía.

—Prefiero terminar el café antes, querida.

Ella, entonces, se lo llevó a la boca, saboreándolo. De pronto hizo una mueca.

—¡Qué fuertes son! —dijo después de tragárselo, con gesto entre sorprendido y disgustado—. No sé qué clase de licor les habrán puesto, pero me quema la boca y la garganta. ¡Uf!

—Me dijeron, al comprarlos, qué eran muestras de una marca nueva —explicó su marido—. Tal vez se les haya ido la mano. A ver, dame uno...

Probó el que su mujer le alargaba. El chocolate era bueno, desde luego; pero al morderlo, un gusto ardiente, no intolerable pero sí demasiado fuerte para ser placentero, siguió al derramé del líquido en su paladar. Y el gusto a almendras le pareció excesivo también.

—Pues sí que son fuertes... —concedió—. Deben contener alcohol puro.

—En ese caso no les saldrá muy caro —exclamó su mujer tomando otro—. Son demasiado fuertes, pero, sin embargo, creo que me gustan. Anda, prueba otro, a ver.

Granger así lo hizo. Pero le gustó menos aún.

—Basta ya de bombones —dijo con decisión—. No sé qué clase de licor les han puesto, pero me dejan la lengua dormida. Y no creo que debas comer más. Acaso tengan algo malo.

—No creo. Debe ser un experimento, supongo —le respondió su esposa—. Pero desde luego, queman mucho. Aún no sé si me gustan, o no. Comeré dos o tres más.

Pocos minutos más tarde, Granger se levantó, mirando su reloj-pulsera.

—He de irme. Tengo una cita de negocios en la City a las cuatro en punto —se inclinó para besar a su esposa—. Hasta la noche, querida. Recuerda que no debes comer más bombones de éstos.

—No lo haré. Me han dejado la boca insensible. Pero tú no olvides que esta noche cenamos con los Belford. La verdad, Harvey, aún no sé si me gustan estos bombones o no. Tal vez acabe por acostumbrarme a ellos cuando les tome el sabor...

Cuando Granger se volvió desde la puerta a mirarla, estaba llevándose otro de aquellos bombones a la boca.

Eran las tres y media de la tarde.

A las cuatro menos cinco, el coche de Granger se detuvo a la puerta de su club, conducido por un hombre medio desmayado. Entre el portero y el botones tuvieron que ayudarle a entrar, dejándolo sobre un sillón, donde quedó laxo, con el rostro de una palidez cadavérica, los ojos vidriados, los labios cárdenos y la piel húmeda y viscosa.

Mientras varios de los socios se acercaban, el portero, muy alarmado al ver su aspecto, quiso llamar a un médico.

—Creo que lo mejor es que le vea un doctor urgentemente, míster Granger. Tiene muy mal aspecto.

Granger meneó la cabeza.

—Déjelo, Thompson. Aborrezco los alborotos por nada y esto es solamente una indigestión pasajera. Dentro de unos minutos estaré bien.

Entre los socios que se acercaron estaba *sir* Roger Ballantyne.

—¿Qué le ha pasado, hombre? —inquirió—. ¿Comió usted

demasiado?

—Nada de eso..., lo normal.

—Vamos junto al fuego.

Entre él y otro de los socios le llevaron a uno de los sillones cerca de la chimenea, donde Granger se desplomó sin fuerzas. El portero había vuelto a su sitio y los otros ocupantes del salón volvieron a sus ocupaciones, dejándoles solos. Fue entonces cuando Granger habló penosamente.

—Ahora que lo pienso, creo tienen la culpa esos bombones infernales que usted me dio. Cuando los probé me pareció que tenían un sabor algo raro. Tal vez sea mejor que regrese a casa y vea si mi mujer...

Se detuvo bruscamente. Su cuerpo, laxo en el sillón, se irguió de repente, sus quijadas se apretaron, los labios lívidos se distendieron en una horrible mueca sardónica y sus manos se crisparon en los brazos del sillón. Al mismo tiempo, *sir* Roger apercibió un inconfundible olor a almendras amargas.

Creyendo que el hombre se moría ante sus ojos, comenzó a gritar llamando al portero y a un médico. Los restantes socios que ocupaban el salón acudieron toda prisa, y al ver el aspecto de Granger, enormemente alarmados, acomodaron su convulso cuerpo lo mejor posible. Estaba ya inconsciente y una baba verdosa escapaba por las comisuras de sus labios.

El portero corrió a marcar con dedos nerviosos la dirección telefónica de un médico.

Antes de que éste llegara se recibió en el club un mensaje también por teléfono. Era de un agitado sirviente que llamaba al señor Harvey Granger, pues la señora Granger estaba gravemente enferma.

En realidad, ya había muerto.

## CAPÍTULO II

El inspector Preston era físicamente la antítesis de cuanto uno puede imaginar en un inspector de policía inglés.

Con su apuesta figura, sus bien cortados trajes y su acento de Oxford, bien podía pasar por un diplomático en vacaciones, o un caballero no preocupado por cosas de mayor trascendencia que administrar sus rentas y asistir a las «Premieres» de gala y las carreras de caballos. Entre sus compañeros se cruzaban chistes acerca de su atildamiento, su pasión por coleccionar sellos de correo y sus implacables dotes deductivas que le llevaban a desenredar los casos más enrevesados sin otras armas que su paciencia extraordinaria y su sagacidad para hallar la importancia de los detalles nimios. En cuanto a él mismo, atribuía modestamente a la casualidad la mayor parte de sus éxitos.

Aquella mañana, Preston estaba eufórico. La noche anterior había podido hacerse, tras una laboriosa gestión, con cierto extraordinario ejemplar de sello de correos con un error, emitido en la India en 1854, y por tan notable motivo, todo en la vida se le antojaba risueño. Incluso el neblinoso, gris y desapacible día de noviembre.

Apenas llegó a su oficina encontróse con un montón de sórdidos y tediosos asuntos que resolver, todos los cuales no revestían la mayor importancia. Por ello, retrepóse en el sillón, encendió un cigarrillo y dedicóse a pensar en la maravilla con que acababa de enriquecer su colección.

Así lo encontró el inspector jefe Mallory media hora más tarde.

—Buenos días, Preston. ¿Pensando en algo agradable?

—Piola, jefe. Sí, en una belleza, algo magnífico.

Se enarcaron las cejas del inspector jefe.

—¡Caramba! ¿Y dónde la encontró?

—¡Oh! Anduve cuatro años tras ella.

—¿Sí? ¿Y de qué se trata? ¿Una mujer, un criminal o un sello de correos?

—Acertó con lo último. Verá, es...

Mallory cortó la explicación que le amenazaba.

—Preston, no creo que tenga tan poco trabajo aquí como para ponerse a pensar en sellos.

—¿Trabajo? ¡Ah, sí! Según a lo que usted llame trabajo. Aquí — señaló desdeñosamente los papeles amontonados sobre la mesa hay un montón de cosas propias para un policía novato, o un viejo con reuma. Asuntos sin relieve, sin emoción, sin atractivo, que cualquiera puede resolver. ¡Pero, trabajo!

—Ya sé que para usted sólo cuentan los casos peliagudos, Preston; más reflexione que no podemos poner a su disposición un Bowers o una Agatha Moor cada semana. Y el Estado nos paga para algo más que eso... No obstante, tal vez tenga algo que puede interesarle.

La cabeza de Preston se tendió hacia adelante con el gesto de un caballo de batalla al oler pólvora.

—¿De qué se trata?

—Envenenamiento.

—¿Cómo, cuándo, a quién y con qué?

—Ayer tarde, a míster Harvey Granger y su esposa, de Roxbury Terrace. Ella ha muerto, él se salvará. Parece ser que usaron una caja de bombones de licor.

—¡Hum! Conozco a los Granger. El es un buen chico y ella una mujer perfecta, según dicen. ¿Quién los envenenó?

—Eso es lo que nos interesa conocer. Hay algo raro en esto. Al parecer, los bombones no iban destinados a los Granger, sino a otra persona. A *sir* Roger Ballantyne.

—¿Cómo entonces...?

—Es una historia algo larga. Se nos ha pedido una investigación y ahora mismo me voy para allá. ¿Quiere acompañarme?

—Con mil amores.

Mientras se ponían el abrigo y salían a la calle, Mallory le puso al corriente de la situación.

—Aún no sabemos nada concreto. Parece ser que ayer mañana,

alguien envió a *sir* Roger una caja de bombones. Como éste los odia, según creo, se los cedió a Granger, que estaba con él, ya que por fatal coincidencia, Granger tenía que regalar a su esposa una caja de bombones... Después del almuerzo tomaron algunos; Granger, dos, su esposa, varios. Sobre las cuatro, él apareció en su club en muy mal estado, y mientras llamaban a un médico se recibió aviso de la muerte de su esposa. A él se le pudo salvar, pero a ella no. Murió tras un profundo coma a las cuatro y cinco.

—¿Cómo no se actuó antes?

—Granger no recobró la consciencia hasta la medianoche, y no se le pudo interrogar, hasta las cuatro, de modo que, aunque existía la seguridad del envenenamiento, no hemos podido ponernos en acción hasta ahora. Están practicando la autopsia a la señora Granger, y yo mismo he interrogado a su marido. Aún no conoce la muerte de ella. Por él sabemos lo de los bombones. Ahora vamos al club.

—¿Qué piensa hallar allí?

—A *sir* Roger. Necesitamos su declaración.

El «Club Sevenoaks» parecía tan tranquilo como de costumbre. Pero desde el nervioso portero hasta los miembros hallábanse visiblemente afectados por lo sucedido.

*Sir* Roger más que nadie.

—No puedo acabar de creerlo, inspector —dijo, terminadas las presentaciones—. Todo esto parece absurdo. Pensar que esos bombones estaban envenenados...

—¿No tiene idea de quién pudo enviárselos?

—¡Nadie que estuviera en sus cabales!

—Es posible que algún enemigo...

—¡Claro que tengo enemigos! ¿Acaso alguien no los tiene? Pero, aun suponiendo qué uno de ellos quisiera asesinarme, ninguno es tan idiota como para intentar hacerlo con... ¡bombones!

Mallory dominó una sonrisa y Preston hizo otro tanto. Evidentemente, resultaba absurda la idea de que nadie usara bombones para envenenar a un hombre como *sir* Roger.

—Si me lo permite... —dijo Preston suave—. Creo, que estoy en eso conforme con usted.

El caballero le envolvió en una fría mirada.

—Gracias, señor...

—Preston. Inspector Preston. Según ha declarado el señor Granger, usted recibió esa caja de unos fabricantes...

—Así es. Y malhaya sean éstos... Debí haberla tirado al fuego en vez de ofrecérsela a ese pobre Granger.

—¿Se la ofreció usted, exactamente, o se la pidió él?

—Se la ofrecí yo. Dijo que había perdido una apuesta con su esposa y tenía que comprarle una caja de bombones. En realidad, le costó un poco decidirse a aceptarla.

—Fatal coincidencia... ¿Recuerda el nombre de los fabricantes?

*Sir* Roger hizo un esfuerzo mental.

—Pues... En realidad apenas me fijé... Estaba furioso por su desfachatez. Había una carta suya pidiéndome que les diera mi opinión... Wexton... Wakefield...

—¿Qué se hizo de la carta?

—Eso sí lo recuerdo. Hice una bola con ella y el papel de la envoltura y se los di a Granger, por si los quería. El la tiró a la chimenea.

Los dos policías hicieron un gesto de desencanto.

—¿Se quemó, entonces? —dijo Preston.

—Supongo que sí... ¡Espere! Ahora que recuerdo, no lo hizo, al menos, entonces. Cayó dentro del guardafuego, pero lejos de las llamas.

Preston se volvió a su jefe.

—¿Quién cuida de la chimenea?

Un minuto después tenía delante al camarero encargado de ello.

—¿Estaba usted de servicio ayer mañana?

—Sí, señor.

—¿Recuerda si había una bola de papel en el guardafuego cuando se fueron *sir* Roger y *míster* Granger?

—Sí, señor. La vi al recoger el servicio.

—¿Qué hizo con ella?

—La recogí, tirándola a la papelera.

—¿Y la papelera?

—Todas las mañanas se vacían en un cesto grande del sótano. Cuando está lleno se da a un traperero.

—Entonces debe estar aún allí.

—Eso creo, señor... Esta mañana iba el cesto mediado.

—Vamos.

No fue tarea difícil encontrar la bola de papel dentro del cesto. Y una vez desliada, la carta apareció.

Preston leyó el membrete del sobre mientras su jefe hacía lo mismo con la carta.

—«Wilbury & Sons»... Desde luego, son comerciantes legítimos. Tienen una importante fábrica en Tottenham Court Road. ¿Qué dice la carta?

Mallory se lo dijo.

—Desde luego, nada de particular. Probablemente, es cosa normal y corriente en la casa hacer estos envíos cuando se trata de lanzar una nueva marca al mercado.

Preston examinó la carta con atención, marcándose en su frente una profunda arruga. Luego la dobló con cuidado.

—Sí..., es posible. Bueno, creo que se impone una visita a «Wilbury & Sons».

—¿Tienen ustedes alguna teoría? —inquirió *sir* Roger.

—Un montón de ellas —repuso evasivo el inspector jefe—. Pero de momento no podemos pronunciarnos por ninguna. Tengo entendido que usted es asiduo concurrente al club, *sir* Roger.

—Así es. Pueden hallarme aquí casi a todas las horas del día y la noche, por si me necesitan. Tengo gran interés por saber quién ha intentado envenenarme.

—Aún no es cosa segura que alguien haya intentado tal cosa, *sir* Roger.

Los ojos vivos del caballero se fijaron en Preston.

—¿Pues, a quién, si no? No irán a pensar que iban a por ese pobre Granger...

—Nosotros siempre estamos pensando, *sir* Roger. Es parte de nuestra tarea.

—¿Por qué ha intentado asustar a *sir* Roger, Preston? —inquirió el inspector jefe cuando abandonaban el club—. ¿Acaso tiene una sospecha?

—Ninguna. Fue solo hablar por hablar.

—¡Hum! Eso es una cosa que usted no hace nunca, viejo zorro... Apuesto a que algo le bulle en la cabeza.

—¿Y si fuésemos primero a hablar con los médicos? Ya deben conocer el resultado de la autopsia.

Éstos ya habían terminado su tarea, y el informe que dieron era

concluyente.

—Envenenamiento con ácido nítrico. Es lo que comúnmente se llama aceite de almendras amargas. Desde luego, es lo bastante tóxico para matar a una persona que hubiera comido varios bombones rellenos de ese líquido. El que Granger tomara sólo dos, explica que pudiera salvarse.

—¿Cómo pudo estar, ese ácido en esos bombones?

—Existen varias posibilidades. Una de ellas, negligencia criminal por parte de un operario de la casa fabricadora. Este ácido se emplea en pequeñísimas cantidades para ciertos licores. Es muy posible que uno de los operarios haya incluido una dosis excesiva en la mixtura contenida en los bombones.

—En cuyo caso, lo más lógico es que existan otras cajas de bombones envenenados, ¿no, doctor? —insinuó Preston.

—Pues..., sí, es posible.

—Sin embargo; no se nos ha comunicado ningún otro caso de envenenamiento por bombones en las últimas veinticuatro horas. Supongo que ya los habrán analizado...

—Todavía no —dijo Mallory—. Están trabajando con ellos. No creo que tarden mucho.

En aquel momento llegó un empleado del departamento de análisis.

—¿Qué hay, Sonmers? ¿Terminaron con los bombones?

—Sí, señor.

—¿Y bien?

—Tomamos dos de cada capa. Los de la primera contenían nitrobencina en cantidad bastante para matar a quien comiese cuatro o cinco. Exactamente, seis gotas de tóxico en una mezcla de *kirsch* y marrasquino. Los de las otras eran completamente inofensivos.

—¿Nitrobencina? ¿Se emplea eso en confitería?

—No, exactamente. Es común en la fabricación de tinturas.

—¡Hum! Y sólo en los de la primera capa... Creo que se impone una visita urgente a «Wilbury & Sons».

Un cuarto de hora más tardé, el coche policial que conducía a ambos inspectores, se detenía frente al edificio de ladrillos rojos de la fábrica de chocolates.

—El señor Arthur Wilbury está en su despacho —asintió un empleado a su pregunta—, pero no suele recibir visitas...

—Dígale que soy el inspector jefe Mallory, de Scotland Yard.

El hombre parpadeó, dio media vuelta y fue aprisa hacia una puerta cerrada, sobre la cual se leía «Prívate». Preston rió despacio.

—¡Es sorprendente cómo reaccionan todos los individuos ante la presencia de la policía! Un sicólogo deduciría, a no dudarlo, cosas interesantes.

—¿Y cuáles deduce usted?

—Una sola. Que todos, aún los más honestos, llevamos dentro un germen de delincuencia, y éste se sobresalta cada vez que se ve enfrentado, más o menos inesperadamente, con la Ley.

—¡Ingenioso..., y probablemente verdadero! Aquí viene nuestro hombre.

Detrás del empleado acababa de aparecer un tipo alto, rubio, bastante calvo, correctamente vestido... y un tanto nervioso.

Les tendió la mano.

—¡Soy Arthur Wilbury! ¿Ocurre algo?

—Desearíamos charlar un rato a solas con usted. Éste es el inspector Preston.

Aumentó la nerviosidad del hombre.

—No comprendo... Pero pasen a mi despacho, por favor.

Una vez en él, y tras ofrecerles asiento, volvió a inquirir:

—Ustedes dirán...

—¿Ha oído hablar de la muerte de la señora de Harvey Granger, ocurrida ayer tarde?

—Pues... —El hombre hizo un esfuerzo para recordar—. No, no sé nada de eso. ¿Por qué...?

—¡Murió envenenada..., con bombones! Y tenemos la certeza de que dichos bombones han salido de esta fábrica.

Pareció como si a Wilbury le faltara el aire de pronto y se quedó más blanco que el papel.

—¿De... esta fábrica? —balbució—... Eso es... absurdo..., imposible.

Preston deslió la caja que llevaba bajo el brazo.

—¿Quiere decirnos si es suya esta marca?

El hombre miró la caja con ojos dilatados.

—Sí, lo es..., pero... no comprendo... ¿Dicen que...

envenenada?

—Con nitrobencina. Una sustancia afín al aceite de almendras amargas, el cual, como usted sabe, se emplea bastante en confitería.

—Pe..., pero...

—Posiblemente, alguno de sus operarios confundió el líquido y la dosis en un caso de negligencia criminal.

Wilbury se irguió mientras la sangre le afluyó de golpe a la cara.

—¡Imposible! En esta casa jamás hemos empleado ninguno de esos líquidos para nuestras mixturas. Y puedo asegurarles que no hay nitrobencina en toda la fábrica.

Preston desdobló la carta que fuera enviada con los bombones, alargándosela.

—¿Qué me dice de esto?

Conforme iba leyendo, la cara de míster Wilbury parecía acercarse por grados al punto de congestión.

—¡Esto es inaudito! —estalló—. Sencillamente criminal. ¡Es...!

—¿Quiere decir que no enviaron ustedes esta carta?

—¡Desde luego! ¡Es una inicua falsificación! Nunca hemos enviado cartas y bombones a nadie con fines propagandísticos, y mucho menos ésta a *sir* Roger Ballantyne.

Preston se volvió sonriendo a Mallory.

—¡Algo así me suponía yo!

—¿Me permiten ver esos bombones? —pidió el indignado míster Wilbury.

Examinó la caja y su contenido sin tocarlos.

—¡Criminal! Ésta no es ninguna marca nueva, señores. Llevamos fabricándola más de tres años, y es de las que más se venden.

—¿Está seguro?

—Completamente. ¿Todos... están envenenados?

—¡Los de la primera capa!

Wilbury tomó un bombón, desliándolo, y lo examinó cuidadosamente. Luego se le iluminó el rostro.

—¡Ya está! Mire aquí, inspector. Vea esto.

Señaló a los policías una ligera señal en el lado inferior del bombón.

—Esto demuestra que no salió de aquí envenenada esta caja de bombones. Fíjense. Nosotros fabricamos los bombones huecos, y luego se les introduce el licor por la parte superior, tapando el

hueco con un adorno. Es un procedimiento mecánico, que no deja señal. Quien puso la nitrobencina debió hacerlo usando una aguja hipodérmica y tapando luego el agujero con un poco de chocolate reblandecido. Sólo quienes los fabricamos podemos notar, a simple vista, la diferencia de tonalidad. Para los demás, pasa inadvertida.

Preston examinó con su lupa la superficie del bombón. En efecto, se notaba la señal perfectamente.

—Bien, esto les descarta a ustedes del asunto —dijo Mallory levantándose—. Habremos de seguir investigando por otra parte.

—Un momento. ¿Alguien pudo hacerse con una hoja y un sobre con membrete de ustedes, no siendo empleado de la casa?

—Imposible.

—Entonces, ¿pudo haberlos tomado uno de sus empleados?

—Pues..., déjeme verlos... Sí, es papel nuestro, no cabe duda. Sólo que...

—Parece un poco viejo, ¿no?

—Eso iba a decir —señaló los amarillentos bordes de la hoja—. No tenemos papel así en la oficina. Puede que el asesino tuviera esta hoja hace años, incluso.

—Sí. ¿Qué casa se lo fabrica?

—Morton, de Bradbury Lane.

—Gracias.

Se despidieron, regresando al coche. Ambos iban pensativos.

—Bien, usted nunca creyó en la negligencia criminal —habló Mallory cuando salían a la calle—. ¿Qué piensa ahora?

—Lo mismo que usted. Alguien quiso asesinar a *sir* Roger Ballantyne, y le envió para ello estos bombones. Pero...

## CAPÍTULO III

Harvey Granger, ya fuera de peligro, estaba en una habitación del «Queen's Hospital».

—No deben comunicarte la muerte de su esposa todavía —les dijo el médico que guió a Mallory y Preston—. Está demasiado débil.

—¡Se ha escapado por poco!, ¿verdad?

—¡Si hubiese tomado un par más de esos bombones, estaría haciendo compañía a su esposa! Pasen.

Granger reposaba sobre un puñado de almohadones, muy pálido y demacrado, mientras una enfermera trajinaba por la habitación. Les envió una débil sonrisa.

—Buenos días, señor Granger —saludó Mallory—. Éste es el inspector Preston. ¿Qué tal se encuentra?

—Bastante bien. ¿Y... mi esposa?

—Pues..., verá. Comió más bombones que usted...

—¿Ha muerto?

Había ansiedad en la pregunta. La enfermera volvió el rostro y el doctor carraspeó. Preston miraba al enfermo compasivamente.

—Pues..., no —mintió Mallory—. Está muy grave, pero no se desconfía de salvarla.

—¡Ah! —Granger respiró hondo, cerrando los ojos. Parecía muy aliviado ahora—. ¡Esos malditos bombones!

Mallory se volvió al doctor.

—¿Pueden dejarnos a solas un momento, doctor?

—Desde luego. Pero recuerden que no se le debe fatigar demasiado.

Salieron el médico y la enfermera. Mallory acercó más su silla.

—¿No puede añadir ningún dato a los que ya nos dio, señor Granger?

—¡No creo...! ¿Qué quieren saber?

—Hemos hablado con *sir* Roger. A propósito, está muy afectado por lo ocurrido. Nos contó cómo le dio la caja a usted.

—Pues, entonces... ¡Ojalá no se la hubiese aceptado!

—¡Sí que ha sido mala suerte! ¿Cuántos bombones tomaron usted y su esposa?

—Yo, dos o tres. Ella, bastantes, según creo.

—¿No está seguro?

—Verán... Cuando tomó el primero se quejó de que tenían un sabor demasiado fuerte. Yo probé uno y vi que era verdad. Sabía a almendras y quemaba la garganta. Comimos uno o dos más y me siguieron resultando desagradables. Por ello, y temiendo que tuviesen algo malo, le dije que no comiera más. Pero ya conoce a las mujeres... No estaba segura de si le gustaban o no... Yo tenía una cita de negocios y la dejé comiendo aún...

Preston intervino entonces.

—*Sir* Roger nos habló de una apuesta entre usted y su esposa.

—Sí... Estuvimos a ver esa obra que dan en el «Majestic», y apostamos una caja de bombones contra otra de cigarrillos a que no adivinaba antes del tercer acto quién era el culpable. Ganó y... más valía qué hubiese perdido.

Le dejaron, evidentemente preocupado por la suerte de su esposa.

—¡Pobre diablo! Ha sido una desgraciada coincidencia...

—Tengo entendido que eran un matrimonio modelo. Será un duro golpe para él cuando se entere de su muerte.

*Sir* Roger fumaba nervioso junto a la chimenea del salón, cuando llegaron al club.

—Este maldito asunto me tiene fuera de sí —explicó—. Desde luego, comerán conmigo. Ya he ordenado lo necesario.

Durante la comida, los tres hombres eludieron tratar del asunto que los reunía, pero ya con el café, Mallory lo abordó.

—Nos dijo usted que tenía enemigos, *sir* Roger. ¿Qué hay de eso?

—Pues nada que valga la pena señalar. Ciertamente existen

algunas personas con las cuales he tenido roces, pero ninguna de ellas creo que llegaría al asesinato para resolver sus diferencias conmigo.

—¿Puede dar sus nombres?

—No quisiera parecer rencoroso, señores.

—Estamos investigando un asesinato, *sir* Roger —intervino, suave, Preston—. No podemos dejar suelto ningún cabo.

—Ya lo comprendo. Y también que sólo a una casualidad se debe el que yo esté ahora vivo. Pero por más que pienso en ello, no puedo dar con nadie, entre mis conocidos, capaz de llegar hasta ese extremo. Y si los hubiera, no emplearía bombones.

—¿No pudo ser una mujer, *sir* Roger?

Se apretaron las facciones del caballero.

—¿Por qué piensa eso?

—Porque si algo hay de evidente, es que éste es un crimen femenino. Ocho de cada diez asesinatos con veneno son obra de mujeres. Y sólo a una mujer se le ocurriría enviar bombones envenenados.

—¡Hum! Es posible, pero no conozco a ninguna mujer que tenga motivos para envenenarme.

Algo en su respuesta hizo que se frunciera el ceño de Preston.

—Usted es casado, ¿verdad?

—Así es. Pero hace seis años que estoy separado de mi esposa.

—¿Dónde reside ella ahora?

—En la Costa Azul. Hace dos años que no nos hemos visto.

—¿Tiene hecho testamento, *sir* Roger?

—Desde luego. Y... —Se detuvo, mirando fijo a Preston—. ¿Por qué lo pregunta?

—¿Quiénes son los beneficiarios?

—Varias personas. Mi esposa la principal. ¡Pero, si usted piensa...!

—Yo no pienso nada, *sir* Roger. Me limito a reunir datos.

—Pues anote éste. Evelyn es más rica que yo. Y no es de las personas que envenenan a los demás.

—Es una mujer, *sir* Roger. Y, ¿quién sabe de lo que es capaz una mujer?

—Yo sé de lo que es capaz ella. Y les agradeceré que no hablen más de eso.

—Un tipo verdaderamente interesante *sir* Roger —comentó Preston cuando él y Mallory abandonaron el club—. Parece escapado de una vieja estampa de los buenos tiempos Victorianos. Y mucho me equivocaré si no tiene también algunos interesantes episodios en su vida.

—¿Se refiere a mujeres?

—¿Por qué no?

—Lo averiguaremos. ¿Dónde vamos ahora?

—Usted es quien lleva la investigación.

—Déjese de monsergas, Preston. Le estoy dejando meter las narices en este caso por algún motivo. Vamos, diga a dónde.

—Yo me pronunciaría por el Yard. Tal vez nos ayude algo el saber dónde se escribió, y con qué clase de máquina, la carta y dónde se puso el paquete en el correo. Además, conviene asegurarnos de si *lady* Ballantyne continúa en la Costa Azul.

En el Yard no había novedades. Una vez en su despacho, Mallory impartió una serie de órdenes que movieron distintos engranajes del complicado mecanismo policial y durante un rato largo se olvidó de la presencia de Preston.

Éste se levantó al fin de su asiento, tomando el sombrero y el abrigo.

—Bueno, veo que por ahora no me necesita.

—¿A dónde va usted?

—Pues... Primero un rato a mi oficina para repasar unos papeles, luego a echar un vistazo por Harmer. Creo que tienen una magnífica pareja de invertidos norteamericanos de 1869 digna de verse.

—¿Y eso qué es? ¿Un sello?

—Usted debería ensanchar sus conocimientos, Mallory.

—Ya tengo suficientes —gruñó el inspector jefe— y hasta demasiados quebraderos de cabeza para meterme a filatelista.

—No sabe lo que se pierde. Se aprenden muchas cosas en la filatelia, mi querido Mallory. Una de ellas, la importancia de los pequeños detalles.

—Bueno, bueno. Váyase a ver ese sello, o lo que sea, pero le quiero aquí a las siete.

—¿Piensa encargarme este asunto de los bombones?

—¿Tiene algo que objetar?

—Nada en absoluto. Creo que va a gustarme. Hasta las siete.

Faltando tres minutos para dicha hora, Preston estaba de regreso en la oficina de su jefe.

—He pasado un rato distraído —explicó mientras se quitaba el abrigo—. Los invertidos valían la pena, aunque claro es que eran un poco caros para mí. Luego, encontré una rubia preciosa en el vestíbulo. Me gustó hasta que la reconocí.

—¿Alguna: vieja amiga?

—Se llama Agnes Weston y sufrió condena de dos años por chantaje a un conocido miembro de la Alta Cámara. Entonces era pelirroja. Creo que le he dado un disgusto. Acompañaba a Roxton, el armador.

—¿Ese viejo libertino?

—Y tonto, además. La advertí muy cortésmente de los peligros que para una muchacha supone aceptar las asiduidades de ciertos hombres... y creo que me entendió. A veces, duele esta profesión, por la cantidad de rosadas ilusiones que se truncan a los demás. Deberían procesarnos por eso. ¿Qué hay del asunto Granger?

—Bastantes cosas... y todas negativas. *Lady* Ballantyne no se ha movido de Niza y Cannes desde el mes pasado, según la policía francesa. Desde luego, no ha estado en Inglaterra. Morton reconoce que el papel y el sobre de la carta enviada con los bombones son trabajo suyo; pero ignoran cómo pudo llegar a manos del criminal. Según ellos, cada tres meses aproximadamente, fabrican una remesa del mismo tipo para «Wilbury & Sons».

En cuanto al papel de envolver, es de calidad ordinaria, que puede comprarse en cualquier parte y la dirección escrita a mano con letras mayúsculas grandes, no nos sirve.

—¿El matasellos?

—Lo pusieron en la oficina de Trafalgar Square entre las 8'30 y 9'30 de anteanoche. Allí nada saben del paquete.

—Ya... ¿Qué hay sobre mujeres? He estado averiguando algo por mi cuenta y la vida íntima de *sir* Roger no parece muy inmaculada que digamos. Creo que hay mucho de «Fuera lo viejo y viva lo nuevo» en sus amoríos.

—Así es. Siempre ha sido mujeriego. Su esposa pidió la separación precisamente por ello, de esto hace seis años. Hubo su

poco de escándalo, y aparecieron mezclados dos o tres nombres. Una actriz de cine, la esposa de un Par y una mecanógrafa... *Sir Roger* no es precisamente un «*gourmet*» y parece ser que toda mujer guapa tiene atractivos para él, pero sólo por cierto tiempo.

—¿Alguna ahora?

—Se dice que la segunda actriz del «*Ambassy*»... El tiene dinero bastante para pagarse esos caprichos.

—Eso abona la teoría de los celos. Tal vez alguna amante ofendida... Sólo una mujer enviaría a un hombre bombones envenenados. Otro hombre pensaría en *whisky*, cigarrillos o algo así.

—Muy acertada su suposición, Preston, pero..., ¿quién?

—¿Cómo puedo saberlo? No conozco todos los amores de *sir Roger*.

—Están haciendo una lista de ellos. Al principio, pensé que él tenía sus sospechas y estaba escudando a alguien, pero cada vez estoy menos seguro. *Sir Roger* está tan ignorante de quién pueda haberle enviado esos bombones, como nosotros mismos.

—¡Hum! —Preston sacó la pitillera, encendiendo un cigarrillo—. Desde luego, la cosa ofrece aspectos muy desconcertantes. Estoy pensando... Podría ser un caso de reminiscencia imitativa. ¿No mandó nunca nadie bombones envenenados al jefe de la policía, el primer ministro, o a alguien por el estilo? Un crimen, o un método criminal, suele imitarse, bien lo sabe.

El rostro del inspector jefe se iluminó con una sonrisa.

—Me hace gracia que haya mencionado esa posibilidad, Preston, pues yo mismo me la he formulado esta tarde, luego de estudiar cuanto sabemos de este asunto. Hemos comprobado en los archivos, y no hay ningún antecedente cercano. El más próximo fue en 1923 cuando Jane Holmes asesinó con una caja de bombones envenenados con arsénico a un antiguo novio suyo y a su esposa. Se los envió en el primer aniversario de boda y costó bastante descubrirla.

—Pues no creo que esto vaya a costarnos menos. Cualquier mujer de las que han pasado por la vida de *sir Roger* puede haber intentado eliminarle, en venganza de su abandono. —Hizo una pausa para añadir—: Sólo hay una cosa que no casa en este «puzle». Todas ellas tienen que saber que él odia los bombones. Y eso nos lleva de nuevo a la teoría de que sea el crimen de un loco, con lo

cual —terminó suspirando— la cosa se enreda hasta el infinito.

## CAPÍTULO IV

La investigación en la vida privada de *sir* Roger Ballantyne dio por resultado descubrir que había dejado entre las mujeres una gran cantidad de recuerdos... y nada más.

Ni una sola de las muchachas que habían tenido algo que ver con él —al menos las que se conocieron— tenían suficientes motivos para asesinarle. Unas estaban lejos, las otras casi ni le recordaban y algunas tenían demasiado interés en que no se aireasen sus relaciones con el caballero. La mayoría contaban con suficientes amores en su historial, razón por la cual no tenían por qué lanzarse a tomar dramáticas venganzas contra quien sólo fue uno de tantos, y no de los menos generosos.

—Nada en que afianzarse —se lamentó Mallory. Habían transcurrido ya tres días desde que se inició el asunto y los periódicos le prestaban enorme atención, dada la personalidad de las víctimas y las extraordinarias circunstancias que concurrían en él, de modo que «El caso de los bombones de licor», como le llamaban en sus titulares, estaba apasionando a Londres y suscitando toda clase de suposiciones y comentarios—. Hemos cribado la vida de *sir* Roger, husmeando en todas direcciones..., para nada. No hay nadie que pueda tener interés en matarle, ya sea por venganza, celos, lucro o lo que usted quiera. En realidad, casi parece que la persona que mandó esos endemoniados bombones fue algún loco fanático, religioso o social, que probablemente nunca vio a *sir* Roger. No veo otra explicación. Y si fuera así —se encogió de hombros significativamente—, no sé cómo podremos atraparlo.

—Tal vez con la ayuda del azar —repuso Preston, calmoso—. Ya sabe usted que muchos casos se resuelven con un golpe de suerte.

—Sí. Y éste va camino de ser uno de ellos. Voy a encargarle a

usted personalmente, Preston, de este asunto, aunque dicho sea entre nosotros, no tengamos grandes esperanzas. Haga lo que pueda, no obstante. La Prensa se echará encima y en vísperas de elecciones ya sabe lo que eso significa. Se nos acusará de incompetentes, de utilizar métodos anticuados..., en fin, de todo lo imaginable. Ya ve cómo vienen los periódicos.

—Sí... Y también que siempre soy yo el que carga con los huesos peores de roer —se quejó Preston irónicamente. Mallory se encogió de hombros.

—Usted estuvo en el caso desde el principio. Si no lo saca adelante, no tengo confianza en que otro lo haga. Ese pobre Granger está completamente hundido por la muerte de su esposa, parece ser que se siente algo así como culpable de lo sucedido. No ha querido volver a su casa, ni tampoco ver a *sir* Roger, que por su parte, está también muy afectado. Según parece, Granger amaba mucho a su mujer y este golpe lo ha deshecho. Tiene que encontrar al que mandó esos bombones, Preston.

—No querría otra cosa, puede creermelo —dijo sombrío el inspector—. De todos los asesinos a quienes más odio es a los envenenadores. Pero puede ser cualquier persona en el mundo...

En realidad, se inclinaba a admitir la conclusión del inspector. La tentativa de quitar la vida a *sir* Roger Ballantyne y el efectivo asesinato de la infortunada señora Granger debían ser la obra de un loco desconocido. No obstante, su deber era investigar. Y lo hizo.

Podían haber otras mujeres en la vida del caballero cuya existencia no conociese la policía, y hacia allí dirigió sus pasos. Durante varios días anduvo husmeando, pero sin resultado. El viernes siguiente, supo que *lady* Ballantyne había regresado al Continente, teniendo una entrevista privada con su esposo, y aquella misma tarde fue a visitarla en su domicilio.

La dama era alta, hermosa y de distinguido porte. Le acogió con cortés frialdad, más pronto los modales y la sonrisa de Preston fundieron su reserva.

—Comprenderá que me es muy penoso hablar de ciertas cosas, inspector...

Le había llevado hasta un saloncito, invitándole a sentarse y a tomar una taza de té. Por todas partes se respiraba riqueza y buen gusto.

—Este desdichado asunto es verdaderamente increíble — continuó moviendo el azúcar de su taza—. Me enteré al día siguiente y, claro, vine a Ver a Roger. El que estemos separados no obsta para que no me interese por él cuando alguien intenta asesinarlo.

—Yo le ruego que me perdone si las circunstancias y mi deber me obligan a hacerle algunas preguntas delicadas, *lady* Ballantyne. Comprenderá mi posición...

—Sí, sí, desde luego. Confieso que esperé ver a uno de esos policías de las películas, truculentos y mal educados. Resulta muy grato comprobar que me equivoqué.

Preston se inclinó diplomáticamente.

—Es para mí un placer oírsele decir; aunque también tenemos noticias de éstos, fuera de las películas.

Sorbió un poco de té e inició el interrogatorio.

—Según tenemos entendido, *lady* Ballantyne, usted lleva unos seis años separada de su esposo.

—En mayo hizo seis años.

—Y... parece ser que la separación fue motivada por..., digamos la desconsideración de *sir* Roger.

—Roger nunca ha sido un puritano. Yo lo sabía cuándo me casé con él, pero creí que el matrimonio... y yo, lograríamos hacerle cambiar. Por desgracia, no fue así.

—Permítame decirle que fue una desgracia para él. Hay cosas incomprensibles y a mi juicio, tras haberla conocido, la conducta de su esposo es una de ellas.

Desde luego, Preston conocía a las mujeres. *Lady* Ballantyne se ablandó extraordinariamente después de escuchar ese elogio, demostrando con ello una vez más la verdad del axioma que dice ninguna mujer es indiferente al halago de un hombre apuesto y que todas son iguales bajo el imperio del despecho y los celos. Estuvo hablando más de media hora casi sin ser interrumpida y cuando Preston dio por terminada su visita, había enriquecido enormemente sus conocimientos sobre *sir* Roger Ballantyne, su vida y milagros. Además, conocía los nombres de un par de mujeres inéditas en el historial donjuanesco del caballero, al menos para la policía, y que la suya legítima continuaba queriéndolo y que sólo por puro orgullo no se lo decía. Las mujeres son, en verdad, unos

seres incomprensibles.

—Espero haberle ayudado en algo, inspector —le dijo cuando lo despedía con graciosa sonrisa—. Y en reciprocidad, cuento con su palabra de que me lo dirá antes que a nadie, cuando conozca la identidad del asesino...

—Tiene usted mi palabra, *milady*...

—Y no olvide tampoco mi casa. El martes pienso dar una pequeña fiesta a mis amistades y confío en verle en ella.

—Me honra enormemente, *milady*, y procuraré no faltar. Pero ya sabe, el deber...

—Sí, sí... No obstante, procure encontrar un minuto de sobra.

—Lo buscaré.

La dejó, sonriendo para sus adentros: «Deja hablar a una mujer y ella misma se enredará en su charla».

Con toda probabilidad, *lady* Ballantyne se sorprendería mucho si supiera cuántas cosas que deseaba guardar para sí se le habían escapado...

Un taxi le condujo a Cannon Row, dejándole frente al número diecisiete, un elegante edificio provisto de un no menos elegante portero.

—¿Miss Susan Wakefield?

—En el tercer piso, señor. La puerta doce.

Al llamar a ésta, apareció una joven y linda doncella pulcramente ataviada y de sonrisa deslumbrante.

—¿Qué desea, señor?

—Tengo interés en hablar con la señorita Wakefield.

—La señorita no está visible ahora, señor. Si me dice el nombre...

—Preston. Tome.

Le alargó una tarjeta que la muchacha tomó sin mirarla, haciéndole paso.

—Espere un momento, por favor.

Tardó un minuto en regresar, pero sin la sonrisa.

—La señorita Wakefield le espera, señor. Tenga la bondad.

Le introdujo en un coquetón saloncito lleno de cosas bonitas e inútiles. Una muchacha alta, rubia y muy atractiva, vestida con una bata de casa, le tendió la mano con una sonrisa de anuncio dental..., que no engañó ni un solo segundo al inspector.

—Tengo un gran placer en conocerle, inspector —su voz era tan agradable como todo lo restante de ella, pero en sus ojos se veía recelo. Estaba en guardia, como él esperó—. ¿A qué se debe esta visita? ¿Algún criminal ha pronunciado mi nombre?

Hablaba volublemente, como podría haberlo hecho en la representación de una escena. Y la verdad era que con Susan Wakefield resultaba difícil saber cuándo obraba normalmente y cuándo desarrollaba un papel.

—Su nombre lo pronuncian tantas personas en el mundo con admiración y envidia, que nada tiene de extraño que lo pronuncie un criminal alguna vez —dijo galante. Y ella le pagó con una sonrisa capaz de marear a la estatua de Ricardo Corazón de León. Pero el inspector Preston era un hombre a prueba de mareos.

—No sabía que hubiesen policías tan galantes...

—Hasta nosotros solemos serlo cuando vale la pena.

—¿Y... ahora vale la pena?

—¿Usted qué cree?

Rió ella, con una sonrisa como de cristal batido.

—Me rindo. ¿Querrá tomar algo conmigo, inspector? ¿Un «cocktail»?

—No, gracias. Si acaso, una copa de «Therry».

Con ellas en las manos, Susan Wakefield le indicó un asiento y se sentó a su vez, un poco recostada, en el diván, cruzando las piernas. Preston observó entonces dos cosas: que eran preciosas y que, por algún motivo, ella quería impresionarle.

—Bien, supongo que su visita obedecerá a algún motivo. Ustedes los policías siempre tienen interrogatorios que hacer.

—Así es.

—¿Y de qué se trata? ¿Robo, chantaje, secuestro, asesinato?

—Asesinato.

Desapareció la sonrisa en los ojos de ella, aunque siguió en sus labios.

—¡Ah!... —dijo despacio—. ¿Y qué tengo yo que ver en eso? Que yo sepa, ninguno de mis conocidos ha sido asesinado.

—Eso es verdad. Sólo intentaron hacerlo.

—¿Podría hablar un poco más claro, inspector?

—Hace un momento me preguntó si algún criminal me habló de usted. Quien lo hizo fue una mujer celosa.

Una desdeñosa mueca curvó los labios de la muchacha y Preston rectificó entonces su idea inicial acerca de su edad. Representaba veinticinco..., pero no cumpliría ya los treinta.

—Muchas mujeres me hacen el honor de sentir celos de mí —dijo sarcástica—. Es inevitable en mi profesión. Creen que somos terribles cazadoras de hombres más o menos inocentes.

—En este caso, creo que la dama en cuestión tiene motivos. Se trata de *lady* Ballantyne.

Fulgararon los ojos de la actriz.

—¿Esa reina de baraja? Debí figurármelo. ¿Y qué es lo que ha dicho?

—Nada más sino que usted y su esposo han sido..., amigos durante mucho tiempo.

—¡Mentira! —Se había medio levantado, pero al instante recobró su dominio—. Perdóneme, inspector. Es que todos esos chismes de mujeres despechadas me sacan de quicio. Le aseguro que no hay un átomo de verdad en cuanto haya dicho esa mujer.

—¿Qué tamaño concede usted a los átomos, señorita Wakefield?

—¿Es que no me cree?

—Estoy investigando un asesinato. Alguien intentó matar a *sir* Roger Ballantyne, y mató desgraciadamente, a una pobre señora por un lamentable azar. Alguien usó bombones envenenados. Un arma esencialmente femenina.

—Ya estoy enterada de eso. Leo la Prensa. Pero no iré a creer que yo soy la asesina.

—Yo no creo nada..., aún. En realidad, nada sé, aparte de que existe alguien con deseos de acabar con *sir*, Roger. Y ese alguien es seguramente una mujer.

—¿Por qué no la suya propia? Tiene motivos, a lo que parece.

—¿Cómo lo sabe?

—No es un secreto para nadie que están separados y hubo escándalo.

—Ya... Pero ella está descartada. No tuvo oportunidad ni medios. Su coartada es perfecta.

—Pudo tener cómplices.

—Esos trabajos no suelen encargarse a terceros, fuera del cine, señorita Wakefield. No, ella no es.

—Habrá otras.

—Muchas. Nuestro amigo *sir* Roger es hombre afortunado con las damas.

—No es preciso que me mire así —repuso ella agriamente—. Conmigo no lo ha sido.

—Yo creo que ambos ganaríamos si se decidiese a ser sincera, señorita Wakefield. Tenemos pruebas de que usted y él mantuvieron relaciones por espacio de un año o más. *Sir* Roger no nos lo ha dicho, desde luego, yero nos sobran medios para averiguar lo que hubo entre ustedes. Y sería muy desagradable para su carrera que la mezclasen en este sórdido asunto, ¿no cree?

—¡No pueden hacerlo! ¡No hay ninguna prueba!

—Podemos buscarlas. Y cuando las tengamos, tal vez se vea forzada a responder ante un Tribunal de una acusación por envenenamiento.

—¡Eso es absurdo!

—Tal vez. Pero recapacite que *lady* Ballantyne está deseando hacerle daño. Y otras más. En el mejor de los casos, sólo perjuicios irreparables puede causarle su obstinación en callar ahora.

Susan Wakefield arrugó entre sus dedos nerviosos el pañuelo, se mordió los labios y en su frente se marcaron arrugas. Estuvo reflexionando intensamente unos minutos y luego levantó una cara sombría.

—¿Qué desea saber?

—La verdad acerca de sus relaciones con *sir* Roger.

—Está bien. Pero confío en que se portará como un caballero...

—De cuanto me diga, sólo utilizaré lo que precise para descubrir al criminal. Lo restante, lo olvidaré.

Ella se levantó llenándose otra copa, que apuró de un, trago.

—Vino a mí hace cuatro años. Por entonces se rumoreaba que iba a reconciliarse con su esposa. Yo no le hice caso al principio, pero... Tiene un algo que atrae a las mujeres y sabe ser espléndido, además. Fuimos buenos amigos..., ya comprende. Yo comenzaba a abrirme paso y él me ayudaba mucho. Además, supo ser discreto y nadie se enteró de nuestras relaciones..., excepto su esposa. Supongo que lo sospecharía al verle de nuevo apartado de ella. Me lo demostró en dos o tres ocasiones qué nos encontramos en fiestas sociales y un día tuvimos una escena violenta. Pero yo no le hice caso. Estaba enamorada de Roger como una niña tonta y creí que

conseguiría hacerle pedir el divorcio, y luego casarme con él. Pero no le conocía bien, Cuando más segura creí tenerlo, supe que me engañaba con *lady* Elizabeth Moore. Aquello me abrió los ojos. Tuve una discusión con él, creo que hasta llegué a amenazarle de muerte. El se rió y lo abofeteé. Entonces se marchó... y rompimos. Estuve varias semanas como loca, dándome cuenta de que se había burlado de mí inicuaamente. Creo que en aquel entonces le habría matado sin reflexionar las consecuencias. Hasta llegué a comprar un arma... Pero luego se me pasó. Y aunque sigo odiándolo, no ensuciaría mis manos con su sangre. No quiero saber nada de él... y nada más.

Dejando aparte lo que había de escenificación en su voz y en su gesto, resultaba indudable que decía verdad. Preston la miró gravemente a los ojos.

—¿Está segura de que su odio no la impulsó a enviarle esos bombones?

Ella rió secamente.

—Escuche, inspector. Le creo inteligente, y, por lo tanto, me concederé que también yo lo soy. Estuve más de un año en relaciones con Roger Ballantyne, tiempo sobrado para conocer sus gustos. De haber deseado envenenarlo, le habría regalado una caja de *brandy* «Napoleón», pero jamás bombones de licor.

## CAPÍTULO V

Ashton Grove es una pequeña calle de residencias de la clase media en el extremo sur de Londres y un remanso pacífico donde apenas llegan los ruidos del incesante tráfico de Chelsey Road. Preston detuvo su coche —era uno de los pocos miembros del Cuerpo de Policía que poseía un «Talbot» último modelo— apenas rebasada la esquina y fue andando hasta el número once, una casita de un piso con un pequeño y bien cuidado jardín delantero.

La puerta del mismo estaba abierta y avanzó por el enarenado sendero hasta la casa.

Una mujer de media edad y cara de pocos amigos le abrió secándose las manos.

—No se moleste en ofrecer nada. No tenemos necesidad de ninguna cosa y...

—Perdone, señora, pero no vengo a vender aspiradores ni neveras eléctricas. Tampoco soy un empleado del Censo ni el recaudador de contribuciones. Sólo deseo hablar con la señora Cheyney. ¿Está en casa?

La mujer le miró como si fuese un espía comunista que le propusiera la venta de un secreto militar.

—¿Para qué quiere verla?

—Eso es cosa que sólo nos interesa a mí y a ella, según creo. ¿Tiene la bondad de anunciarle mi visita? Me llamo Preston.

—No creo que deba...

—¿Qué ocurre, Mabel?

Por sobre el hombro de la sirvienta, Preston vio a una mujer como de unos treinta años y, evidentemente, hermosa. Se quitó el sombrero.

—La señora Cheyney, ¿no es así?

—Sí, señor. Pero...

—Este hombre quiere verla, no sé para qué. Yo no me fiaría.

—¡Mabel!

—Con el permiso de Mabel —rió Preston, divertido—, me presentaré. Inspector Preston, de Scotland Yard.

Aquello impresionó a ambas mujeres. La criada pareció querer tragarse la lengua y su señora palideció ligeramente.

—Perdone a Mabel, inspector —habló apresurada—, es buena persona, pero quizá se excede.

—No tiene importancia. ¿Podría hablar con usted unos momentos en privado? Se trata de un informe rutinario.

—Desde luego que sí. Por favor, pase al saloncito.

La casa respiraba limpieza y buen gusto. Resultaba tan grata y confortable, como la vista de su dueña. Mientras la seguía hasta el saloncito, Preston rectificó, quitándole media docena de años. Era la seriedad reconcentrada de sus facciones lo que la hacía parecer mayor. Y estaba asustada, desde que había oído el cargo policial.

Le indicó un sillón con la mano.

—Siéntese, por favor.

—Gracias.

Antes de hablar, Preston paseó la mirada por la habitación. Muebles, cortinas, adornos..., todo daba la sensación de hogar. Un hogar grato y apacible de la clase media.

Miró a la mujer. Tenía una belleza serena, cabellos rubio oscuro y ojos azul-negro, grandes y hermosos. La bata de casa moldeaba un busto fino y pleno de armonía. Agradable, era la palabra más adecuadas. Estaba bastante nerviosa y había ansiedad en sus ojos.

—Usted dirá... —inquirió.

—Primeramente, le ruego que se tranquilice. Se trata sólo de un mero interrogatorio.

—¿Qué desea saber?

—Usted está casada con Alan Cheyney, ingeniero, ¿no es así?

—Exacto. Hace dos años.

—S u nombre de soltera es Parsons, ¿verdad?

—Sí, pero...

—Perdone. No es mi intención molestarla más de lo necesario. Antes de casarse, usted trabajaba en Anson. Anson

Parker & Anson,  
de Berkeley Square, como stenodactilógrafa.

—Así es...

—Trabajó en esta casa durante dos años. Tengo inmejorables referencias de sus jefes, por si le interesa.

—Me alegro, aunque...

—¿Dónde trabajó antes, señora Cheyney? Me refiero antes de con los Anson.

—En varios sitios...

—Tengo aquí una lista de ellos. En 1945 usted se empleó en una tienda de modas en Chalton Row. Tenía usted dieciocho años y vivía con unos tíos. En 1947 pasó a la central en Picadilly: Ocho meses más tarde dejó inesperadamente el empleo sin dar su dirección y no se la volvió a ver hasta el otoño de 1948 en que solicité y obtuvo la plaza de

«Anson & Anson».

¿Está conforme?

—Desde luego...

—Tanto en la casa de modas como Anson coinciden en sus buenas cualidades. Cuando obtuvo el segundo empleo, solicitaron referencias en el primero, que fueron inmejorables. Pero hubo ocho meses de lapsus durante los cuales dijo usted haber sufrido una enfermedad grave.

—Todo eso es verdad —le interrumpió la mujer, nerviosa—. Y si tuviese la bondad de decirme a qué obedece...

—¿Lee usted los periódicos, señora Cheyney?

—Sí, claro.

—Entonces sabrá que hace pocos días una dama ha muerto envenenada y que su esposo ha estado a punto de que le sucediese lo mismo... por comer unos bombones enviados a *sir* Roger Ballantyne. ¿Conoce usted a *sir* Roger?

La mujer estaba ahora sumamente pálida y agitada. Llevóse una mano a la boca con instintivo gesto.

—¿Por qué... me... pregunta eso?

—Es sólo una pregunta.

—No..., no lo conozco.

Preston la miró fijo.

—Reflexione un poco, señora Cheyney. Alguien envió esa caja

de bombones a *sir* Roger con propósitos criminales. Por una infortunada casualidad, éste lo pasó, sin tocarlos, a un compañero de club, el cual se los llevó a su esposa. Ésta ha muerto y el deber de la policía es hallar al asesino. Obstaculizar nuestra labor es ayudarle a él..., convertirse en su cómplice. ¿De veras no conoce a *sir* Roger?

La mujer estaba ahora francamente aterrada.

—Yo... ¡Por favor!... Comprenda... ¡Oh, Dios mío, siempre lo temí!

Se desplomó sollozando contra el brazo del sillón. Preston carraspeó, molesto.

—Serénese, por favor. Comprendo su situación, pero es preciso.

Ella le miró con los ojos arrasados de lágrimas.

—¿Su esposo nada sabe?

Denegó la mujer con la cabeza, buscando su pañuelo. Preston le alargó el suyo.

—Lo que a mí me diga será olvidado enseguida, salvo en lo que atañe directamente al caso que investigo.

—¿Qué..., qué puedo decirle...? Yo... Comprendo que hice mal, que debí contar a Alan la verdad. Pero él me cree... tiene en mí una fe ciega, y... ¡No puedo hacerlo! ¡Éramos tan felices!...

—Pueden seguir siéndolo. Tal vez no haya necesidad de que él se entere.

—¿Cómo? Y entonces... me despreciará... Y nuestro Alan...

Preston se levantó, tomándola por el hombro.

—Míreme —y cuando ella obedeció—, yo sólo he venido a buscar datos para poder atrapar a un asesino, no a destruir un hogar, ¿comprende? Dígame cuánto ha habido entre usted y *sir* Roger Ballantyne, y si me dice la verdad, y veo que nada tiene que ver con lo que investigo, le doy mi palabra de que su esposo nada sabrá... por la policía.

Ella tragó saliva dolorosamente.

—¿Qué desea saber?

—¿Envío usted esos bombones a *sir* Roger?

Se dilataron los ojos de la mujer.

—¡Oh, no! ¿Es que... creen...? ¡Yo nunca haría tal cosa!

—Bueno. ¿Cómo le conoció?

—Fue..., fue en la tienda —hizo un esfuerzo por serenarse—.

Vino con una dama de la alta sociedad... Al día siguiente lo tropecé en la calle. Al principio me resultó algo antipático, pero luego... No sé cómo pasó... él puede ser mi padre, y yo fui una loca al creerle. No tengo disculpa...

—Consuélese pensando que les ocurrió a otras también.

—Ya lo sé... Lo supe luego. El me dijo que estaba divorciado, me hizo muchos regalos, me llevó a sitios donde nunca pensé podría ir... Me aseguró que nos casaríamos en cuanto resolviesen del todo su divorcio... Yo le creí, hablaba con tanta seguridad... y tenía un «no sé qué» que inspiraba confianza. Luego.

Se detuvo, ocultando el rostro avergonzada. Adivinando lo que vendría Preston apretó los dientes.

—¿Luego...? —apremió.

—Me di cuenta que... iba a tener un hijo. Se lo dije y... entonces supe la verdad. No estaba divorciado. No podía ni quería divorciarse, yo sólo era un pasatiempo para él, una más entre tantas... Fue... horrible.

Volvió a detenerse y esta vez Preston respetó su silencio. Al cabo de un rato, volvió a decir:

—Por eso desapareció...

—Sí... El quería llevarme a una clínica, donde..., habrían hecho desaparecer todo. Pero yo le odiaba y huí. Me escondí en una ciudad del Norte y allí di a luz. Era una niña y murió a los pocos días... Luego volví a Londres. Dije a todos que había estado enferma y busqué un nuevo empleo. Durante un año viví ocultándome, luego conocí a Alan y me enamoré. Cuando él me pidió que fuese su esposa, no tuve valor...

—¿Volvió a ver a *sir* Roger después?

—¡No! El preguntó por mí en la tienda varias veces; una o dos le he visto en la calle, sin que él me viera. ¡Pero no quiero volver a verlo!

—Comprendo... Y también que le odie.

—Sí que le odio. Yo tenía fe en él, debió ver que no era una... de esas..., y se portó como un rufián.

—Sin embargo, no le envió esos chocolates.

—¡Claro que no! ¿Por qué iba a hacerlo? Aquello ya pasó. El matarle no me devolvería la tranquilidad. Y tengo un esposo, un hijo y un hogar. ¿Iba a poner todo eso en peligro por vengarme?

—No, no es lógico...

—Además, nunca habría empleado bombones. A él no le gustaban. Los habría tirado, o regalado, como hizo, sin siquiera tocarlos.

Preston se levantó, pensativo.

—Sí, eso es lo que me han dicho varias mujeres... que, como usted, tienen motivos para odiarle.

Regresó al coche dejando atrás una angustiada señora Cheyney nada segura, a pesar de sus reiteradas promesas de que su vieja culpa no iba a destruir su hogar.

Mallory le miró fijo desde detrás de su cigarro cuando entró en su despacho.

—Apuesto a que tampoco sacó nada en claro esta vez.

—Y acierta.

—¿Qué hay de la señora Cheyney?

—Una historia vulgar y tan dramática como suelen serlo todas ellas. El la engañó, tuvo un hijo que murió casi enseguida, y ahora vive con el temor de que su esposo descubra la verdad, como una espada de Damocles, y destruya su felicidad.

—¿Por qué no se lo contó?

—Porque estaba enamorada, las mujeres son así, tal vez por ser los hombres como somos.

—Nos está resultando un tipo desagradable el tal *sir* Roger.

—Absolutamente indeseable. Y lo peor es que hay media docena de mujeres que positivamente le odian, pero ninguna de ellas lo suficiente como para envenenarle, jugándose lo que ahora poseen. Además, todas tienen una buena coartada, moral y física. Cada vez veo más difícil la solución.

—Puede que exista alguna que ignoremos...

—Puede. Pero hemos cribado su vida desde los veinte años y sacado a relucir aventuras amorosas para llenar media docena de existencias normales. Si hay alguna más, sólo el azar puede señalárnosla. ¿Se le ha podido sacar algo a él?

—Nada absolutamente. Y está furioso por lo que llama intromisión en su vida privada. Incluso ha escrito al jefe una carta explosiva, amenazándole con mover altas influencias si no cesamos de husmear en sus asuntos. Palabras textuales. La he leído y hecha humo.

—Por mí pueden enviarle más venenos y acertarle con uno. ¿Qué hacemos?

—Seguir. No vamos a amilanarnos por una carta más o menos. Mañana se celebra la encuesta y, desde luego, no podemos presentar un culpable, ni siquiera sospechas de quién pueda ser. Los periódicos nos acosan sin cesar y es preciso descubrir al asesino... si es humanamente posible.

—Que ya lo voy dudando.

Preston asistió a la encuesta mezclado con el público y pudo observar su reacción cuando Harwey Granger, aún demacrado y empalidecido, prestó su declaración sobre los hechos. Las simpatías de todos estaban volcadas sobre aquel hombre que, sin saberlo, había atraído sobre su hogar la desgracia y la muerte.

El mismo tuvo que prestar declaración y se limitó a una exposición general de los esfuerzos de Scotland Yard por descubrir el misterioso asesino, reconociendo lo infructuoso de ellos, salvo en la teoría que era un crimen de mujer.

Con ello, la presencia de *Sir* Roger fue acogida con prolongados murmullos de expectación. En la sala habían muchas mujeres de la buena sociedad y, entre ellas, Preston descubrió por lo menos a media docena que tenían motivos para temer las declaraciones del caballero.

Pero éste se limitó a decir que ignoraba quién pudiese haberle enviado los bombones y a las insinuaciones sobre sus aventuras amorosas, replicó, conteniéndose a duras penas, que eran asuntos personales los cuales nada tenían que ver con aquel caso concreto.

Los restantes testigos no aportaron nada nuevo ni de interés, y la encuesta terminó sentado que Gladys Joan Granger había muerto envenenada por «persona o personas desconocidas». Con lo que, al menos para la mayoría de las gentes, el asunto se acabó, pasando a engrosar el número de los crímenes sin resolver ni castigar...

## CAPÍTULO VI

Una persona, no obstante, había que no daba el asunto por terminado, y ésta era el inspector Preston. Su honrilla profesional estaba en juego y, por otra parte, se resistía a considerar que había fracasado en el empeño de descubrir al misterioso remitente de los bombones. Pero cualquiera que fuera el lugar donde dirigiera sus pasos, tropezaba con un muro de sombras. Quien fuere el asesino, ni siquiera la sombra de una huella había dejado. Y esto resultaba tremendamente irritante para el inspector.

Hasta que una semana más tarde, el azar intervino en el asunto, deparándole un encuentro ocasional que renovó sus esperanzas.

Acababa de salir de un remate de sellos en la casa Harmer, y por el momento sólo ocupaban su cabezadas planchas, colores y dentados.

Para estar a fines de noviembre la tarde era extraordinariamente hermosa. Un sol amarillo cumplía a duras penas su misión de calentar la tierra en un cielo sin apenas nubes y los londinenses aprovechaban el Inesperado regalo llenando las calles un poco, más que de costumbre. Preston enfiló sus pasos hacia Bod Street, preocupado por la imperiosa necesidad de adquirir cierto «seis peniques» verde de Santa Lucía que había encandilado sus ojos de experto en uno de los lotes vistos en Harmer, cuando vio que por la misma acera se le venía encima la señora Evelyn Bronson.

La dama en cuestión era menuda de cuerpo, linda de cara, exquisita de modales, charlatana como un bando de cotorras, rica de verdad y viuda desde hacía dos años. Para Preston tenía dos tremendos inconvenientes; su charlatanería incansable y el que se sentaba —metafóricamente— a sus pies en cuanto le daba una oportunidad. O en otras palabras, que le tenía puesto un cerco tan

sutil como un cable de amarre y tan recatado como la trompa de un elefante.

Su primer gesto fue de huida. Pero no había ninguna esquina cerca, ni tampoco puerta de establecimiento a mano que le sirviera para escabullirse.

Por otra parte, ella ya le había visto y la experiencia había enseñado a Preston cuán pocos establecimientos eran suficientemente masculinos para que la viuda no se atreviera a entrar en ellos persiguiéndole. Por eso, haciendo de tripas corazón, se resignó a soportar lo que más odiaba en este mundo: media hora de charla gárrula e insulsa sin poder meter baza ni una sola vez.

Sucedió todo tal como esperaba. Ella se le acercó con una encantadora sonrisa y las dos manos tendidas.

—¡Mi querido inspector! ¡Qué agradable sorpresa! Resulta tan difícil encontrarle en ningún sitio, que a veces me pregunto si estará viajando por el extranjero o en busca de algún peligroso criminal.

Preston hubiera deseado ahora hallarse lo más cerca posible de Indonesia, pero el expresar tal pensamiento hubiera sido muy poco galante por su parte, y él lo era ante todo. Así, atrapó, como pudo, una sonrisa, sacándola a sus labios, y replicó, tomando una de las dos manos que se le tendían.

—Para mí es también una agradable sorpresa el encontrarla, señora Bronson...

—¡Oh! —La linda boca hizo un mohín de disgusto—. ¿Cuántas veces he de recordarle que me llamo Evelyn? El pobre Branton está con los justos hace ya tiempo, y no me agrada que usted me llame tan ceremoniosamente.

—Pero... Está bien... Evelyn...

—¡Así está mejor! Y dígame, ¿por qué no se le ve el pelo por ninguna parte?

—Ya sabe que nosotros siempre tenemos trabajo. Tampoco a usted...

—¡Pero si yo estoy siempre en todos los sitios! Incluso en los que usted frecuenta, como esas casas de sellos. Casi ya he llegado a entender.

—¿De veras? —se asombró cortésmente Preston.

—¡Y tanto! Además, no me diga, usted no tiene excusa. De sobra sabe dónde vivo y que siempre estoy para usted.

—Sí... Le estoy muy agradecido por ello... y le prometo visitarla un día de éstos. Pero ahora —se miró el reloj—, tendrá que perdonarme que la deje. Tengo una cita...

—¡Qué espere! Yo no le suelto tan pronto. Tengo que decirle...

Habló y habló... y habló. Y Preston, que prefería hablar él, no podía soportarlo.

De pronto, su charla tomó un giro inesperado.

—¡Ahora que recuerdo! ¿No está usted encargado de ese horrible asunto de la muerte de Gladys Granger? ¡Por favor, cuénteme! ¿Es cierto que no se sabe quién puede haber sido? Desde luego, ese tenorio sinvergüenza de Ballantyne merece que le envíen bombones envenenados... ¿Conoce usted a su esposa? Yo sí, y es toda Una dama. Lo peor para la pobre es que todavía le quiere. La verdad, yo no sé que puede tener Ballantyne. A mí siempre me pareció un patán descortés. Debe ser alguna de sus muchas amigas burladas, ¿no cree? La policía debería buscar por ahí. En confianza, yo podría darle a usted los nombres de algunas... Claro que ya sabe..., estas cosas... No puede estar una segura de todo. Pero la policía tiene medios, ¿no es verdad? Y de seguro se descubriría al asesino, que para mí es una amante despechada. Pero que le tocara a la pobre Gladys Joan Granger... Ella y yo éramos amigas íntimas... Y la cosa tremenda, lo verdaderamente terrible, es que la pobre fue la propia causante de su desgracia. ¿No es esto espantoso?

Preston, aunque aturdido por el aluvión de frases, ya no trataba de escaparse. Al contrario, la invitó con mejor sonrisa.

—¿Qué le parece si tomamos una taza de té ahí enfrente, Evelyn?

Ella parpadeó, desconcertada y alegre al mismo tiempo.

—¡Oh! ¡Con mucho gusto! Precisamente yo iba a ir...

Se cogió sin reparo de su brazo y su expresión dijo al inspector que dentro de su linda cabecita ya se estaban forjando risueños panoramas con música de Mendelson como fondo. Suspiró, diciéndose que la profesión exigía ciertos sacrificios, y la llevó hasta el salón de té, buscando una mesa lo bastante apartada.

Una vez sentados frente a frente, Preston volvió la conversación donde le interesaba.

—¿De modo que usted y la señora Granger eran amigas? No lo

sabía...

—Pues, sí. Las dos fuimos al mismo colegio. Por eso me impresionó tanto cuando supe la noticia... Supongo que será lo que llaman una ironía trágica... Ciertamente que lo fue, y nunca supe de ironía tan espantosa. Usted sabe la apuesta que hizo con su marido, ¿verdad? El tuvo que conseguirle una caja de bombones y, a no ser por eso, Ballantyne no le habría dado los que le enviaron envenenados, se los habría comido él mismo y en paz. Bueno, Arthur... —La viuda bajó la voz hasta convertirla en un susurro conspirador, del modo clásico— nunca le dije, esto a nadie, pues no me gusta que la gente crea que soy una chismosa entrometida; pero se lo digo a usted porque sé que es un caballero... y lo apreciará como policía. La pobre Gladys Joan no estaba haciendo juego limpio.

Preston se envaró, dejando la taza de té sobre el plato.

—¿Qué quiere decir con eso..., Evelyn?

—Pues... —Se acentuó más el aire conspirador de la viuda—. Ella había visto antes ese drama. Fuimos juntas a verlo la primera semana que lo dieron. Sabía perfectamente quién era el culpable.

—¡Santo cielo! —Preston estaba ahora tan impresionado como la señora Bronston pudiera desear—. ¡El azar vengador! ¡Ninguno de nosotros queda inmune de él!

—¿Justicia poética, quiere usted decir? —gorjeó ella, para quien estas observaciones eran algo obscuras.

—¿Está usted segura de lo que dice?

—Completamente. Lo recordé apenas leí en los periódicos la declaración de su marido. Me extrañó enormemente, la verdad. Podría suponerse de cualquier mujer. ¡Pero de Gladys Joan Granger! Eso es lo extraordinario... Jamás —subrayó la palabra fuertemente—, jamás hubiera yo creído a Joan capaz de algo así. Era una muchacha tan recta..., poco liberal con el dinero, es cierto, sobre todo considerando lo mucho que tenía; pero eso no importaba. Claro está que sólo fue una broma gastada a su marido, pero yo siempre creí que Joan era una muchacha tan seria... Quiero decir, Arthur, que todo el mundo habla siempre de honor, y verdad, y hacer juego limpio, y todas las cosas que uno da por admitidas, pero Joan sí lo hacía. Continuamente estaba diciendo que tal cosa no era honorable, no era honesta, o no era leal. Bueno, ella misma

pagó por no jugar lealmente. ¿No es así? Todo demuestra la verdad del viejo refrán.

—¿Qué viejo refrán? —preguntó Preston, hipnotizado por aquel torrente de palabras.

—Pues que el agua quieta corre hondo. Joan debe haber sido honda, me temo —suspiró la viuda—. Es un error social ser así, evidentemente. Quiero decir que me engañaba, sin duda. No podía ser tan honorable y sincera como pretendía, ¿no lo cree usted así? Y no puedo dejar de pensar en que una muchacha capaz de engañar a su marido en una cosita así, no dejaría —se detuvo, haciendo un hipócrita aspaviento—. ¡Bueno, no quiero expresar nada contra Joan ahora que está muerta, pobrecilla! Pero no puede haber sido tan completamente una santa de yeso, después de todo, ¿no es verdad? Quiero decir —terminó, agotando de prisa sus insinuaciones— que la sicología me parece una ciencia muy interesante. ¿No lo cree usted así, Arthur?

Lo que Preston creía hubiese probablemente sonrojado a la dama, pero ya se dijo que era un caballero.

—Algunas veces lo es —asintió gravemente—. Pero usted mencionó a *sir* Roger como si lo conociera personalmente.

—Solía tratarlo —explicó la viuda sin especial interés—. ¡Es un hombre horrible! ¡Siempre corriendo detrás de una y otra mujer! Cuando se cansa, la deja. Al menos —añadió con prisa un tanto sospechosa—, eso es lo que me han contado.

Preston sofocó una sonrisa. Tal vez...

—¿Y qué sucede si ella se opone a que la dejen? —preguntó con cara inocente. Y la viuda parpadeó.

—¡Oh, pues no lo sé! Ese hombre es..., quiero decir —rectificó sobre la marcha— me han dicho que es un tipo violento.

—¿Tanto como para ser peligroso?

—No sé... La verdad, estoy hablando de oídas, y ya sabe... ¿No irá a suponer que yo...?

—¡Oh, nada de eso! Tengo un muy alto concepto de usted, Evelyn, para suponerla capaz de dar oídos a un donjuán de esa especie.

Los ojos de la viuda se pusieron tiernos.

—Gracias, Arthur. Me satisface mucho saberlo...

Pero Preston ya estaba siguiendo otro orden de pensamientos.

—¡Qué lástima que usted no estuviera con los Granger en el «Majestic» aquella noche! No se habría hecho esa trágica apuesta si usted hubiese estado. Porque supongo que no estaba, ¿verdad?

Preston parecía ahora más inocente que nunca y sostuvo impertérrito la sorprendida mirada de su interlocutora.

—¿Yo? ¡Dios mío, no! Estaba en la nueva revista, en el «Pavillon». *Lady Grovenor* tenía un palco y me pidió que fuese con ellos.

A partir de entonces, Preston mantuvo resueltamente la conversación en el tema teatral, hasta que la viuda se olvidó de lo referente al caso Granger. Luego, cuando se despedían, dijo como al descuido:

—Supongo que tendrá algunas fotografías de la señora Granger, ¿verdad?

—¡Oh, sí! Varias. Y también de su esposo. Tengo la manía de coleccionar fotos de mis amistades.

—Muy interesante... Bien, siento tener que dejarla. He pasado un rato agradabilísimo, Evelyn.

—Y yo también. Espero que no olvidará dónde está mi casa. ¿Por qué no viene a tomar el té un día de éstos? Desde luego, ni mañana ni pasado podrá ser... Tengo varios compromisos. Quizá el viernes...

—Veré si es posible. Nada le prometo, claro, pero haré lo que pueda.

Tomó un taxi que le llevara a Scotland Yard y se derrumbó en el asiento, pensativo.

El inspector jefe salía a la calle cuando el taxi se detuvo ante la entrada del Yard y le llamó al verle descender del vehículo.

—¡Eh, Preston! Venga para acá.

—Hola, jefe. ¿Ya se marcha?

—Voy a ver al comisario. No parece muy contento con lo ocurrido en el caso Granger. A propósito, ¿tiene usted algo últimamente?

Preston encendió despacio un cigarrillo.

—Sí.

—¡Ah! ¿Y qué es?

—Que los policías valdríamos de poco sin ayuda del azar... y si las mujeres no tuvieran íntimas amigas.

## CAPÍTULO VII

Al día siguiente por la tarde, Preston llamaba a la puerta de la viuda Bronson.

Salió a abrirle una criada joven, que sonrió al reconocerle.

—Buenas tardes, Ana. ¿No está la señora?

—Buenas tardes, señor. No; salió hace una media hora para ir a un concierto. ¿Acaso le esperaba? No me advertió...

Preston puso una convincente cara de fastidio.

—Es extraño. Ayer estuvimos juntos, y quedamos en que yo vendría a por unas fotos que necesitaba. Debe haberlo olvidado. Y es el caso... Dígame, Ana, ¿no podría pasar y recogerlas?

La criada sabía cuáles eran las miras de su señora hacia el inspector Preston y, aunque le extrañaba un poco el que hubiese olvidado la cita, era lo bastante lista para no demostrarlo. En la petición del visitante no vio nada anormal.

—Desde luego. No sé cuáles deseará...

—Unas de la señora Granger. Me dijo que tiene varias.

—¡Ah, sí! Están en el salón. ¡Pobre señora Granger! Algo fría, pero muy considerada y simpática. Ha sido horrible...

—¿La conocía usted, Ana?

—Desde luego, señor. Ella venía aquí con frecuencia. Creo que fue condiscípula de la señora. Pero ya la conocía de antes, cuando estaba en casa de *lady* Bantham.

—¡Ah! —Preston le dirigió una sonrisa acogedora—. ¿Hace de eso mucho tiempo?

—Unos dos años y medio. Es el tiempo que llevo aquí. Fue ella quien me recomendó a la señora cuando quedé sin empleo al morir *lady* Bantham. Aquí están las fotografías, señor.

Todo un ángulo de la sala aparecía lleno de ellas. Probablemente

había más de dos centenares con marcos de plata y expresivas dedicatorias a la señora Bronson. Preston las examinó con interés, esbozando una sonrisa al ver al difunto señor Bronson metido en una modesta tercera fila y semi-oculto por varios caballeros de mucha más arrogante apariencia. En segunda fila habían dos fotografías de *sir* Roger, bastante buenas, con la fecha de las dedicatorias de un par de años atrás, con corta diferencia entre ambas. También una de Hervey Granger, bastante reciente. Las de Gladys Joan Granger, tal vez por la publicidad que su trágica muerte le había dado, ocupaban el sitio de honor.

Se entretuvo mirándolas. La serena belleza de la muerta y su firme mirada le causaron una impresión inmejorable. No era la mirada de una mujer capaz de engaños... Pero las mujeres son desconcertantes.

De pronto se quedó mirando una fotografía de conjunto. Habían en ella media docena de personas. *Lady* Bantham con dos caballeros desconocidos, Joan Granger, la señora Bronson... y *sir* Roger Ballantyne.

Estuvo un rato contemplándola fijo, con una honda arruga cruzándole la frente. Luego tomó la fotografía y fue poniendo junto a ella una de Joan Granger, la de su esposo, una de *sir* Roger e incluso otra de la propia dueña de la casa.

—¿Tiene a mano un papel fuerte y un cordel, Ana? Voy a llevarme éstas.

La muchacha se los trajo diligentemente.

—Aquí están. ¿Tendrá suficiente?

—Desde luego, muchas gracias. Ana...

—¿Qué, señor?

—Dijo usted que estuvo en casa de *lady* Bantham, ¿verdad?

—Sí, señor.

—¿Por casualidad, vio alguna vez allí a *sir* Roger Ballantyne?

—Bastantes veces, señor. Era primo de *milady*.

—¡Ah! No lo sabía.

—Pues así es. Por cierto, cuando leí que le habían enviado esos bombones, me dije: «¡Lástima no te los hubieses comido!». Perdone, señor, no... —Se azaró al darse cuenta de lo que había dicho. Pero Preston ya estaba en guardia.

—¿Y eso, por qué, Ana? ¿Acaso tiene motivos para tal deseo?

—Yo... Verá... Es que... —La muchacha cambiaba de color a cada momento—. No quise decir eso...

—Sí ha querido decirlo, Ana. Al menos lo pensó. Y creo debe decirme por qué.

Le costó un poco serenarla lo bastante para que hablase.

—Verá, señor. Yo soy una sirvienta, pero honrada. Y *sir* Roger es de los que creen que todas las mujeres...

—¿Acaso la persiguió?

Ana asintió mudamente, roja y con los ojos bajos.

—No..., no se portó como un caballero. Tuve que amenazarle con decírselo a *lady* Bantham... y se rió. Dijo que eso me haría más daño a mí que a él. Me ofreció dinero. ¡No crea que acepté! Por fortuna, se encaprichó de otra y pude quitármelo de encima.

—¡Vaya, vaya! ¿De modo que hizo eso?

—Es un —y usted perdone, señor— un sinvergüenza y una mala persona —había rencor velado en su acento..., tal vez por aquel desvío fulminante—. Una mujer no podía estar segura a solas con él, aunque fuese un minuto. Recuerdo que hasta la pobre señora Granger...

Preston se atensó.

—¿Ocurrió algo con ella?

—Pues..., cierto no lo sé. Pero supongo que quiso propasarse, como con todas. Fue poco antes de morir *lady* Bantham, una tarde que daba un «cocktail-party». Yo llevaba una bandeja y les vi disputar en la salita que daba al jardín. El decía algo de que la amaba y no podía vivir sin ella, ¡el muy embustero! Ella le replicó que era un sinvergüenza sin escrúpulos, pero que estaba equivocado si creía que era como las demás. Entonces yo hice ruido adrede para evitarle a la señora una escena violenta, y aún recuerdo la mirada de *sir* Roger. Echaba chispas.

—¿Y ella?

—«No dijo nada. Estaba muy serena. Abandonó la sala y luego me preguntó si había oído la conversación. Se lo dije y me pidió que nada contase. “Mi esposo montaría en cólera si se entera, Ana —fueron sus palabras—. Y me basto para tener a raya a *sir* Roger”».

—¿Eso es todo?

—Sí, señor. Y por favor, no diga a la señora que yo le he contado esto. Me despediría...

—Descuide. Pero tampoco se lo cuente a nadie más. Esos chismes hacen siempre daño.

—Ya lo sé; por eso no lo dije a nadie hasta ahora. Yo apreciaba a la pobre señora Granger, créame. Era toda una dama...

Preston abandonó la casa sumamente pensativo. El resto de la tarde lo pasó en una biblioteca pública, revisando unas cuantas obras de consulta, y por la noche permaneció en su despacho del Yard hasta una hora bien avanzada, revisando fichas del Departamento de Archivos.

A la mañana siguiente visitó las oficinas de la «Compañía Anglo-Sudamericana de Algodón», preguntando por su director.

Una vez en el despacho, mostró su insignia.

—Desearía obtener ciertos informes...

Cuando una hora más tarde volvía a la calle, sabía gran cantidad de cosas sobre cierta persona. Cosas que le llenaban de perplejidad.

—Lléveme a la Empresa Nacional de Química.

Aquí, un hombrecillo calvo y pulcro, con un ligero tic nervioso, le puso en antecedentes de ciertos asuntos de la Compañía, relacionado con la fabricación de perfumes.

Por mediación de ellos, Preston visitó sucesivamente varias empresas dedicadas a aromatizar a las representantes del bello sexo, exhibiendo en todas unas fotografías y haciendo siempre las mismas preguntas. A mediodía, entró en el despacho del inspector jefe Mallory, dejándose caer en una silla con ademán de desaliento.

—La próxima vez que nazca voy a dedicarme a arar la tierra.

Mallory levantó la cabeza de su trabajo.

—¿Tan mal le ha ido? ¿Es que no le sirve esa pista?

—¡Pistas! Eso es lo que tengo de sobra. Toda una red de ellas que se entrecruzan y enredan hasta el infinito, diez posibles culpables..., y ni un indicio cierto. Cada paso que doy en este endiablado asunto me enseña una nueva pista y una nueva posibilidad. En mi vida tropecé con un crimen más absurdo en la apariencia y de más insospechadas facetas conforme se ahonda en su investigación. Es como si todo se confabulase contra mi cerebro...

—¿Qué le ha ocurrido, Preston?

—¿Ocurrirme? Diga mejor lo que no ocurre. Tengo una idea, una idea fantástica, sin nada que le sirva de base. Y tengo una

docena de pistas, cien sospechosos y uno al que señalan todo un cúmulo de posibilidades.

—¿Quién?

—*Sir* Roger.

Mallory se puso serio.

—¿Qué diablos está diciendo, Preston?

—¿Lo sé yo acaso? Ya le digo que estoy andando a ciegas hacia no sé dónde.

—Explíquese mejor.

—No hay nada que explicar. Hay sólo un crimen y una serie completa de teorías. Primero se pensó en negligencia criminal de un operario. Luego, en intento de venganza de una mujer celosa y desechada; después, en la venganza de una amante abandonada... Todo posible. Nada probado, fuera de la imposibilidad de la primera teoría y la existencia de infinitas mujeres con motivos para desear la muerte de *sir* Roger... y muchas más para no intentar dársela por sí mismas. Y ahora surge la cuarta teoría. No ha sido *sir* Roger la víctima..., pero sí él asesino.

Mallory respingó.

—¿En qué se basa para suponer tal cosa?

—Conocía a Gladys Joan Granger. La conocía y la persiguió. Ella le puso a raya. Existe una persona que oyó cómo lo hizo. Y hay otras cosas. *Sir* Roger tiene intereses en, por lo menos, una fábrica de perfumería. Pudo muy bien aprender el manejo y posibilidades de los tóxicos como el nitrobenzol. Y hombre acostumbrado a que las mujeres se le rindieran, al no conseguirlo con Gladys Joan Granger, su orgullo pudo insinuarle una terrible venganza.

—¡Gran Dios! ¿Lo cree posible?

—¿Por qué no? Hombres como *sir* Roger Ballantyne no reparan en nada cuando se trata de satisfacer sus impulsos. Y nadie podría acusarle de ser el asesino de Joan Granger, habiendo ido destinado a él el paquete de bombones y siendo una mera casualidad que Harvey, el marido de ella...

Se detuvo en seco, con la expresión del que acaba de tropezar en medio de la calle a un elefante color de rosa bailando el «can-can».

Su jefe le miró ceñudo.

—¿Qué le ocurre ahora?

—Una cosa. Una de las cosas más inverosímiles que nadie pueda imaginar. Y por eso mismo... Ya dijo el sabio que nadie puede sondear las profundidades del corazón humano.

Mallory se puso en pie, malhumorado.

—¿Quiere dejarse de hablar en jeroglífico? No creo que ésta sea ocasión para acertijos.

Rió Preston suavemente, levantándose a su vez.

—¿Por qué no? Los acertijos son siempre interesantes. Venga, Mallory, le invito a unos *whiskies* en «Clarence's».

Hay una orquesta estupenda, y creo que necesito un poco de buena y bella música... antes, de asomarme a hondos, negros y pestilentes pozos.

## CAPÍTULO VIII

La

«Bremster & Cole

Limited» tenía todo un piso de oficinas en una de las más históricas calles de la City. A las nueve y diez minutos de la mañana, Preston cruzó la amplia puerta y se dirigió a las ventanillas.

—Desearía hablar con el señor Hawkins. Robert Adam Hawkins.

El empleado le miró por encima de las gafas de concha.

—Debe haberse equivocado, señor. No hay ningún empleado de ese nombre en la casa.

Preston parpadeó, desconcertado.

—¿Cómo es posible? Tengo su dirección... Mire.

Tras leer el trozo de papel, el empleado movió la cabeza.

—Lo siento, pero le han engañado. Ningún Robert Hawkins trabaja en la firma.

—¿Podría hablar con el gerente?

El gerente ratificó la noticia.

—Desde luego, ni aquí, ni en ninguna de nuestras sucursales. Veamos, tenemos un fichero con los nombres de todos nuestros empleados y obreros. Ése no aparece.

Preston parecía la imagen del desconcierto.

—No acabo de entenderlo...

—¿Le dijo él que trabajaba aquí?

—Me dio estas señas afirmándolo. Me debe cierta cantidad... Dijo que me pagaría hoy.

—Pues entonces está claro que lo hizo para quitárselo de encima. Lo siento, pero nada podemos hacer.

—Sí, ya comprendo..., perdonen.

Su sonrisa al salir hubiera desconcertado al gerente, de haberla

visto. Montó en un taxi.

—A

«Willow & Sanders»,  
en Wexbury Gardens.

«Willow & Sanders» era una conocida institución que protegía los intereses comerciales de particulares y aconsejaba a sus subscriptores en sus inversiones. Varios eficientes empleados de ambos sexos se afanaban en sus mesas de trabajo, al otro lado del mostrador con mamparas de cristal, cuando Preston se acercó a una de las ventanillas, atendida por una rubia fotogénica.

—Desearía apuntarme como subscriptor, señorita. Pero antes quiero conocer algunos detalles.

La muchacha le obsequió con una ligera sonrisa.

—Desde luego. ¿Tendrá la bondad de pasar a secretaría? Es aquella puerta de la izquierda.

Preston obedeció, encontrándose frente a un caballero de amable sonrisa que dictaba a una empleada no menos atractiva que la anterior. Por lo visto, la casa

«Willow & Sanders»

sabía cuidar la presentación de sus oficinas.

El caballero se levantó al verle, cesando de dictar.

—¿Desea algo, señor? —inquirió cortés, mientras la muchacha miraba al recién llegado curiosamente.

—Pues, sí. Buenos días. Me llamo Sinclair, Ronald Sinclair. Tengo algún dinero por invertir, y antes deseo asegurarme. Me han hablado de la eficiencia de ustedes...

—Y no le han engañado. Nosotros podemos darle cuantos datos financieros desee conocer de todas las firmas del Reino Unido. Pero, siéntese, por favor. Usted dirá... ¿Se trata de una suma grande o pequeña? ¿Tiene preferencia por algún tipo de negocio?

—Pues..., en realidad, no. Yo entiendo poco de eso. Verá, lo cierto es que me sobran unas cuarenta mil libras —mintió descaradamente, viendo con el rabillo del ojo el efecto que la suma producía en la mecanógrafa—. Y como pienso que el dinero debe producir para que cumpla su función específica, he decidido invertirlas en algún negocio. Pero como sé cuántos no recomendables existen en la actualidad, quiero asegurarme, antes de hacerlo, de que no voy a perder hasta el último penique en una

mala inversión.

El caballero asintió sonriente.

—Muy razonable. Y todos deberían hacer lo mismo, si me permite la observación. ¿Entonces, no tiene preferencia por ningún tipo de negocio?

—Desde luego. Únicamente..., tengo un par de amigos que me han ofrecido colocarme el capital. Amigos del club, ya comprende... Honorables personas, pero desconozco su situación financiera. ¿Podrían ustedes informarme de ella? Desde luego, con toda reserva...

—¡No faltaba más! Puede usted estar seguro de ello. Margaret, traiga unos formularios y un talón de pedidos. Míster Sinclair, podemos garantizarle una verídica y exacta información sobre los asuntos comerciales de las personas que a usted le interesen. Nuestra plantilla de agentes especiales...

Siguió perorando mientras le alargaba el formulario de petición de informe, que Preston rellenó, poniéndole el encabezamiento de Estrictamente Confidencial. Lo mismo repitió con otro y luego pagó la suscripción, guardándose el talón que le entregaban.

—¿Cuándo podré tener estos datos?

—Mañana por la tarde sin falta.

—Pues hasta entonces. Vendré yo mismo a recogerlos. Buenos días.

La mecanógrafa no estaba allí, pero al salir a las oficinas la vio junto a la otra muchacha de la ventanilla. Y la mirada que ambas le dirigieron le hizo sentirse como un ciervo al que acaban de descubrir los perros. Saludó correcto, recibiendo en respuesta dos sonrisas deslumbrantes.

—¡Mujeres! —murmuró mientras se ponía el sombrero—. Me gustaría ver vuestra cara cuando os enteréis de que esas cuarenta mil libras tan sólo existen en mi imaginación.

Estaba lloviendo, de esa manera pesada y machacona que acostumbra a hacerlo en Londres. Tuvo que esperar un rato a que pasara un taxi libre y luego se dirigió en él a Piccadilly, dejándolo frente al «Club Sevenoaks».

El portero le saludó con deferencia, reconociéndolo.

—Buenos días, inspector. Hace de veras una mala mañana.

—Sí. ¿Podría charlar con usted unos momentos?

—Desde luego. Llamaré a Dobbie...

—No hace falta. Podemos hacerlo aquí.

—¿Se trata del desgraciado asunto?

—Sí. ¿Ha vuelto por aquí el señor Granger?

—No, señor. Tengo entendido que lo ocurrido le ha destrozado moralmente. Es comprensible. Quería mucho a su esposa...

—¿Cómo lo sabe?

—Siempre estaba comprándole flores y regalos de todas clases. A Dobbie lo envió muchas veces por ellos.

—¡Ah! ¿Vino ella alguna vez al club?

—No, señor. El «Sevenoaks» es un club masculino exclusivamente; no está permitido traer mujeres.

—¿Ni siquiera a *sir* Roger Ballantyne?

El portero hizo un gesto picaresco.

—Ustedes ya conocen cómo es *sir* Roger. Recibe muchos recados telefónicos y no pocas cartas perfumadas, pero no aparece nunca aquí con mujeres.

—¿De modo que recibe llamadas y cartas femeninas?

—Con frecuencia. Y más de una vez ha salido aprisa después de recibir una de ellas.

—¡Vaya! Probablemente un marido escamado...

—O una petición de dinero.

—¿Por qué dice eso?

—Pues... Verá, yo no lo sé, pero Dobbie me contó hace unos meses que le oyó decir por teléfono: «¡Ni un penique! Confórmate con lo que ya te he dado y no me molestes más». Y los otros camareros han oído conversaciones parecidas en distintas ocasiones.

—¿Cree usted que se trata de chantajes?

—Pues..., todo es posible. Pero quisiera conocer a la persona, hombre o mujer, capaz de sacarle dinero a *sir* Roger con amenazas.

—Sin embargo, esa misma persona podría haberle enviado los bombones, en venganza.

El portero pareció sopesar la sugerencia.

—No había caído en ello. Y ahora que lo dice... Sí, es muy posible. ¿Cree usted que...?

—¿El suele dormir y comer en el club?

—Desde que se separó de su esposa, siempre que está en Londres, o sea la mayor parte del año. Claro, hay muchas noches en

que llega muy tarde... Y algunas no viene a cenar o a dormir — termino, guiñando el ojo.

—Es de suponer. Y tengo entendido que la noche antes de la tragedia no cenó aquí.

Tras corta reflexión, el portero negó con la cabeza.

—Le han engañado, inspector. Esa noche, precisamente, sí lo hizo.

—¡Vaya! ¿Está seguro? Yo tenía entendido que no estuvo aquí esa noche.

—Pues está equivocado. Puedo asegurarle que sí estuvo. Llegó alrededor de las siete y no salió hasta pasadas las diez. ¡Dobbie! Llama a Jermyn.

Jermyn era uno de los camareros del restaurante. Corroboró en todo la declaración del portero.

—*Sir* Roger se puso a cenar a las ocho y estuvo en el comedor hasta las nueve. Luego le serví un *whisky* en el salón sobre las nueve y media.

—¿No tuvo una llamada telefónica?

—Pues... Sí, tuvo una. Precisamente cuando yo le servía el *whisky*.

—¿Quién tomó el recado?

—Creo que Dobbie.

Dobbie afirmó haberlo hecho.

—¿Era hombre o mujer?

—A *sir* Roger suelen llamarle pocos hombres, señor. Era voz de mujer.

—¿La reconoció usted? ¿La había oído antes?

—Pues no estoy seguro... Pero creo, que le había llamado un par de veces.

—¿Oyó lo que decía *sir* Roger?

—No, señor. Estuvo hablando un par de minutos y luego volvió a sentarse. Parecía un poco fastidiado.

—¡Ah!

Preston estuvo charlando todavía un rato con el portero, acerca de los líos amorosos de *sir* Roger. Después marchó a almorzar a un restaurante céntrico.

A las cinco de la tarde apareció en la papelería Morton, de Bradbury Lane.

El interior, vivamente iluminado, contrastaba con el chapotear incesante de la lluvia en las calles ya oscuras. Varias empleadas jóvenes mataban el ocio arreglando cosas tras los mostradores. Se acercó a la que servía la sección de cartas.

—Buenas tardes —saludó sonriendo—. Estoy buscando un nuevo papel de cartas que me han recomendado y del que he visto una muestra. Es un papel-tela de un tono... —Siguió dando toda una serie de detalles gárrulos a la aburrida empleada, que escuchaba cortés, y terminó—: Un amigo me ha dicho que lo comprobó aquí. Por eso he venido.

—Creo que lo mejor será que busque usted mismo en el muestrario, señor —dijo la empleada, viendo acercarse a otro cliente, y le pasó el libro de muestras.

Mientras la muchacha atendía el nuevo pedido, Preston hojeó el libro detenidamente. Luego, ella volvió.

—¿Encontró lo que buscaba, señor?

—¡Oh, sí! Es éste. Deseo que me pongan quinientas hojas. Mi amigo dice que es excelente y por eso me lo recomendó. Creo oye hará cosa de un mes que estuvo aquí la última vez. Por cierto, tengo aquí una foto suya. ¿Lo reconoce?

La joven tomó la foto que le alargaba, sin mayor interés, y le echó una ojeada.

—¡Oh, sí, lo recuerdo! —dijo—. Ha venido alguna vez a comprar, la última por papel de cartas, me parece. ¿De modo que es amigo suyo? Bueno, éste es un mundo pequeño. Y desde luego, estamos vendiendo ahora mucho en esta sección...

Preston tomó la foto que ella le devolvía, guardándosela, y esperó a que le entregaran su pedido.

Bajo la lluvia, la calle semejava de charol. Le costó lograr un taxi que le condujera a su departamento, y una vez allí se pasó un par de horas fumando, hundido en un sillón, con el ceño fruncido. Prácticamente, creía ya tener la solución del asunto. Pero resultaba extraordinaria y todavía le faltaban muchas piezas por encajar en su sitio. Piezas que no sabía dónde estaban.

A las siete Volvió a salir a la calle. La lluvia había cesado, pero el frío húmedo tenía las calles casi limpias de transeúntes. Estuvo deambulando largo rato con las manos en los bolsillos del abrigo y el cuello de éste levantado para protegerse contra el helado viento.

Muchas cosas estaban aún sin explicación en su cerebro y tenía que encontrársela antes de dar el paso decisivo. ¿Pero dónde... y cómo?

—Sólo el Azar puede sacarme de este aprieto, señalándome el camino —murmuró entre dientes—. No me bastan las pruebas que poseo. No le bastarían a un Tribunal.

Y como si el Azar no quisiera que el inspector Preston pescase una pulmonía deambulando por las calles, le indicó el camino que buscaba.

Mejor dicho, le señaló a un hombre y una mujer que, tras descender de un automóvil que paró junto a la acera algo delante de él, entraron en un pequeño restaurante.

## CAPÍTULO IX

Preston se quedó mirándolos mientras entraban, ella cogida del brazo de él, hacia el restaurante. Los dos iban hablando animadamente y no se fijaban en el inspector, que, con un leve silbido de asombro, dejó escapar una asombrada frase.

—¡Dios del cielo! ¡El azar vengador!

Un minuto más tarde entraba también en el local.

Era un restaurante de segundo orden, frecuentado por viajeros de comercio, empleados y gentes de provincias.

A los lados tenía mesitas separadas por mamparos para aquéllos que querían estar en relativa soledad.

Había bastante concurrencia, una cargada atmósfera y no poco ruido. Los ojos de Preston descubrieron a la pareja que le precediera acomodándose en uno de los semireservados, prácticamente oculto a la mayoría de la concurrencia. El hombre estaba de espaldas, quitándose el abrigo, y la mujer le daba la cara. Pudo ver que era joven, rubia y de mediana estatura, verdaderamente hermosa.

Sin prisas fue hacia adentro, soplándose las manos, y procuró que el camarero le tapase la cara al acercársele.

—Deseo una mesa tranquila y el menú —dijo. La rubia ya había desaparecido de su vista al acercarse.

El camarero le guiaba hacia el otro lado del local, pero Preston le señaló la mesa contigua a la que ocupaban sus perseguidos.

—Ésa me gusta. ¿Está reservada?

—No, señor.

—Bueno, pues váyase y tráigame la cena. Tengo mucho apetito.

Se sentó de espaldas al mamparo que le separaba de la pareja. Y durante media hora larga sus oídos estuvieron ocupados como su boca.

Terminado ese lapso de tiempo, los dos que vigilaba se levantaron disponiéndose a marchar. Preston cambió de posición, de modo que cuando pasaron por Su lado los ojos suspicaces del hombre sólo vieron a un caballero atareado en sacar un crucigrama de un periódico y del que sólo eran apreciables la nuca, una oreja y las manos, pues lo demás quedaba oculto por éstas, la derecha empuñando un lapicero. Y de su completa abstracción daba fe el cigarrillo a medio consumir en el cenicero sin haber sido tocado, al parecer, desde las primeras chupadas.

Pero cuando la puerta del restaurante se cerró tras ellos, Preston entró en súbita acción, levantándose, dejando un billete de media libra en las manos de un alegremente sorprendido camarero y alcanzando la puerta en cuatro zancadas, mientras se ponía el abrigo y el sombrero.

El coche que trajo a la pareja estaba arrancando y no a mucha velocidad. Y por la esquina avanzaba un taxi con evidente idea de dejar su carga frente al restaurante.

Preston estuvo a su lado en el mismo instante que paraba.

—Amigo, necesito que sigas a ese coche gris sin perderlo de vista ni que se entere —dijo al taxista, poniéndole al mismo tiempo la placa delante de las narices.

El hombre asintió.

—Suba. En cuanto cobre.

El cliente que acababa de dejar el taxi estaba rebuscando en sus bolsillos y al oír el extraordinario diálogo había suspendido su operación, mirando a Preston con asombrada curiosidad. Y el coche gris estaba a punto de perderse de vista.

Abaldonando su proverbial corrección, Preston apartó al otro de la portezuela, colándose en el vehículo.

—Yo pagaré su carrera. ¡Date prisa!

Ninguno de los otros halló nada que objetar a sus palabras. Y mientras un agradecido ciudadano se dirigía a llenar su estómago prometiéndose echar un trago a la salud de la policía, el taxi arrancó, ganando terreno rápidamente.

—¿Le seguimos o le pasamos? —quiso saber el taxista.

—Vamos tras él y, cuando, se pare, pasa delante de modo que yo pueda ver el número de la casa.

La persecución duró tan sólo diez minutos, terminando en una

tranquila calle del West End. Allí se detuvo el automóvil gris, descendieron sus ocupantes y, cuando el taxi pasaba por frente a ellos, Preston vio cómo la mujer esperaba junto a la escalera mientras el hombre cerraba la conducción.

—Tuerce en la primera esquina y para sin hacer mucho ruido —ordenó al taxista.

Dos minutos más tarde se aproximaba despacio al automóvil gris.

La pareja ya había entrado en la casa, de buena apariencia. Y a todo lo largo de la calle apenas si se veía un alma.

Pasó sin prisas, yendo hacia la siguiente esquina. El taxi le esperaba allí.

—A Scotland Yard.

Se acomodó en el asiento, sacando un «block» de notas y apuntando en él unos números.

Una vez en el Yard, subió a su despacho y tomó el teléfono.

—Con la sección de tráfico. ¿Es usted, Holmes? Soy Preston. Necesito saber el nombre del propietario de un «Lincoln» gris, cuatro plazas, la matrícula es WX-6234.

Sí, cuanto antes.

Colgó, marcando otro número.

—Preston al habla. Necesito conocer los nombres y la mayor cantidad de datos de cuantas mujeres rubias, de unos veinticinco años, residen en el 27 de Thorton Street. ¿Qué cuántas son? No lo sé, pero quiero saberlo mañana antes de las diez. Pongan los hombres que sean precisos en ese trabajo... Sí, todos los datos que puedan obtenerse.

Esperó unos momentos, fumando nerviosamente, hasta que repiqueteó el teléfono. Y una curiosa sonrisa se abrió en su boca al oír lo que le decían.

—Sí, ya suponía que era él. Gracias, Holmes.

Volvió a ponerse el abrigo y el sombrero, saliendo a la calle. A las ocho y media estaba parado frente al «Majestic», contemplando los anuncios de «La Casa Tenebrosa». Luego se acercó a la taquilla.

—Deme una entrada de palco, por favor —pidió. Y si alguno de sus amigos hubiese pasado entonces por allí, se habría sorprendido indudablemente. Pues nada había que menos agradase al inspector

Preston que una obra teatral de aquella clase.

A las nueve treinta y cinco de la mañana siguiente, muy temprano para su costumbre, Preston estaba ya en su despacho de Scotland Yard. A las diez, un ordenanza le entregó un puñado de papeles y fotografías que estuvo estudiando durante más de media hora.

Luego visitó al inspector jefe.

—Mallory —dijo sin preámbulos— necesito que haga una cosa. Búsqueme un chofer de taxi que tomó viaje desde Picadilly Circus o sus cercanías, a las nueve y diez aproximadamente, la noche antes del envenenamiento de la señora Granger, llevando su pasajero hasta el Strad, por el final, poco más o menos, de Southhampton Street. Y a otro que por aquella misma hora tomó viaje de retorno entre ambos puntos.

—¿Es algo que se relaciona con el crimen?

—Exacto. Y necesito encontrar a esos dos taxistas.

—Va a resultar difícil. Ha pasado ya cerca de un mes desde el crimen y...

—Como sea, debe encontrárseles. Si es preciso, que se interroge a todos los taxistas de Londres.

—¿Tanta importancia tiene el asunto?

—Una enorme.

El resto del día, Preston se mantuvo muy atareado. Primero visitó las oficinas del London & Southamerican

Bank, teniendo una entrevista con su director.

—Se trata de una investigación. Necesitamos saber todo lo relativo a la cuenta de *miss* Eileen Borroughs.

—¿Es cliente nuestra?

—Según nuestros informes, lo es.

—Comprenderá usted, inspector, que éste es un asunto delicado. No tenemos por norma dar tales informes...

—En este caso, es necesario. Desde luego, puedo traer un mandamiento judicial, si lo desean.

—No, no hace falta —conectó el dictáfono—. Tráigame el «*dossier*» de *miss* Eileen Borroughs.

Poco después, éste estaba sobre su mesa.

—¿Desea todos los datos?

—Exactamente.

—Bien —el director se caló las gafas, leyendo—. Se hizo cliente nuestro el día 18 de mayo de 1950, con una imposición de cien libras. Desde esa fecha, todos los meses, sin ningún fallo, ha ingresado la misma cantidad. Actualmente posee 3187 libras con 6 chelines y nueve peniques.

—¿Tienen ustedes alguna idea de a qué se dedica esa señorita?

—Aquí consta como profesión la de modelo. Desde luego, nosotros no tomamos informes de quienes ingresan dinero en el Banco, sino de los que nos lo piden.

—Comprendo. Y les quedo muy agradecido.

La siguiente visita fue a «Roxana», la afamada casa de modas conocida en todo el mundo.

Tuvo que pasar por varios saloncitos bajo las escrutadoras miradas de decenas de mujeres que le hicieron sentirse como si estuviera paseando en pijama un mediodía por Regent Street. La muchacha que le conducía —un bombón pelirrojo— por aquél «sancta-sanctórum» femenino, le dejó, al fin, en manos de una dama alta y esbelta, de media edad y atractivo aspecto, que lo envolvió en una sonrisa casi tan mareante como su perfume.

—Usted dirá qué desea, señor...

Ligeramente nervioso entre tanta beldad curioseante, Preston replicó:

—Quisiera que me concediese unos momentos a solas, «madame», si ello le es posible.

—Realmente, estoy muy ocupada, se... —Echó un vistazo a la tarjeta que Preston le alargaba, y en el acto se cuajó su sonrisa, cambiándose en un gesto de alarma.

—Tenga la bondad de seguirme.

Le condujo a un pequeño saloncito, que a Preston se le antojó el interior de una bombonera, invitándole a sentarse en una especie de sillón tapizado, como todo lo que allí había, de malva. Mientras el inspector lo hacía, con precauciones pertinentes, la dama ocupó otro lugar, cruzando un par de muy hermosas piernas.

—Usted dirá, inspector.

—Ante todo le ruego disculpe mi visita. Crea que es necesaria.

—¿Ocurre algo que ataña a esta casa?

—¡Directamente, no! Se trata de la señora Granger. Tenemos

entendido que era una de sus clientes.

—¡Oh, sí! Y de las mejores —la dama se había estremecido de un modo convincente al oírle nombrar—: ¡Pobre señora! Fue verdaderamente horrible... Me refiero a morir de ese modo, tan joven y elegante...

—Así que ella se vestía aquí.

—La mayoría de sus trajes los compraba en esta casa. Claro que hacía compras en otras... y también en París; eso lo hacen todas las señoras de la buena sociedad. Pero, como le digo, era una de nuestras mejores clientes.

—¿Desde hace muchos años?

—Casi diez años. En realidad, desde que fue presentada en sociedad. También le hicimos el traje de boda. La verdad, inspector, aún nos cuesta trabajo hacernos a la idea que ha muerto... ¡y por esa terrible casualidad!

—¿Cómo era su carácter?

—Excelente. Algo fría, pero correcta, cordial... y no engorrosa, como la mayor parte lo son. Exigente, sí, pero comprensiva.

—Y... —Preston le clavó la mirada—. Voy a hacerle ahora una pregunta delicada, *madame*. Desde luego, no está obligada a contestarla, pero recuerde que su asesino está libre y andamos buscándolo.

La dama parpadeó, impresionada.

—Si puedo hacer algo...

—¿La señora Granger era... honorable?

Enfrióse un tanto la expresión de la dama.

—¿Qué quiere usted decir?

—Verá... Aquí, supongo que ustedes se enteran de ciertas cosas acerca de sus clientes. Las mujeres suelen hablar mucho entre sí, ya me comprende. La señora Granger, según tengo entendido, era hermosa y distinguida, esto hace que las demás mujeres se fijen, comenten... En suma, tal vez...

—Si lo que busca saber, inspector, es si la señora Granger tenía enredos amorosos...

—Exactamente. Una mujer así no puede estar exenta de adoradores y algo puede haberse dicho aquí.

—Que yo sepa, nada. Ciertamente, aquí oímos muchas cosas, inspector —la dama sonrió ligeramente irónica—. Como bien ha

dicho, las mujeres somos muy charlatanas. Pero de Gladys Joan Granger nadie dijo nunca, que yo sepa, la menor cosa. Y no creo que tuviese enredos de ese tipo, ni de ningún otro. Debió haberla conocido. Ella era de esas mujeres que no harían una cosa indigna ni aún por salvar su vida.

Preston asintió con la cabeza.

—Ésa parece ser la impresión general. Y desde luego, me hubiese gustado conocerla. ¿Cómo fue que se casó con Granger? Según tengo entendido, él llevaba una vida un tanto alegre.

—A todos sus conocidos nos extrañó. Desde luego, él se enamoró perdidamente desde el primer día. Y cambió de un modo radical en sus costumbres.

—¿Y ella? Quiero decir si le amaba.

—A su modo, sí. Era muy reservada en todo, pero en diversas ocasiones se mostró muy satisfecha de su esposo —suspiró levemente—. Eran un matrimonio modelo...

Preston atacó por otro camino.

—Debió haber tenido algún noviazgo antes de Granger, supongo. Creo que ya contaba veinticinco años cuando se casó.

—Tuvo relaciones durante bastante tiempo con lord Dalkeith... y estaba muy enamorada de él.

—¿Qué pasó?

—Descubrió que sólo pretendía casarse con ella por su dinero. El barón Dalkeith y su hijo eran jugadores y mujeriegos, habían despilfarrado su patrimonio y buscaban a la pobre Gladys Joan para reponerlo. Ella tenía diez y nueve años entonces. Creo que sufrió mucho, pero rompió enseguida las relaciones. Dalkeith murió en Francia, poco después. Recuerdo que Gladys Joan estaba en una reunión de amigas cuando se recibió la noticia y se afectó enormemente.

—¡Ah! De modo que seguía amándolo.

—Ya le he dicho que sí. Pero cuando conoció a Granger ya había olvidado a Dalkeith.

—Es lo corriente... Y, entre su ruptura con lord Dalkeith y su noviazgo con su esposo, ¿no tuvo ningún otro idilio?

—Ninguno..., que yo sepa. La pobre quedó muy herida. Desde luego, la rondaron muchos, pero no se fió de ninguno. Creo que sí aceptó a su esposo fue por saberlo poseedor de una buena fortuna,

lo que descartaba el móvil económico.

—No todos irían por su dinero.

—Posiblemente. Pero ya le digo que estaba algo obcecada... y con razón.

—¿Podría darme los nombres de alguno de sus fracasados pretendientes?

La dama enumeró unos cuantos, bastante conocidos.

—Dígame. ¿Nunca la cortejó un hombre como..., por ejemplo, *sir* Roger Ballantyne?

—¡Oh, no! Conozco la fama de *sir* Roger. Ella nunca lo hubiera consentido. Por cierto, y ya que lo ha nombrado... usted sabrá por qué, recuerdo que en dos ocasiones que se encontraron aquí, lo trató con una frialdad glacial.

—¿Es que se conocían?

—Frecuentaban sitios comunes. Pero si a algún tipo de hombre detestaba la pobre Gladys Joan Granger, era sin duda, el representado por *sir* Roger Ballantyne. Estoy segura de ello. Por eso resulta un sarcasmo trágico que fuera a morir con el veneno que le dedicaban a él...

Preston dio casi enseguida por terminada su visita.

—No quiero molestarla más, «*madame*». Le ruego me perdone y tenga esta charla como puramente confidencial.

—Si lo que insinúa es que puedo contarla a mis clientes, descuide, no pertenezco a ese tipo de mujeres.

—Estoy convencido de ello.

Salieron a la gran sala de exhibiciones. Estaban desfilando unas modelos ante un selecto concurso de mujeres.

Preston miró hacia allí y dijo inocente:

—Hermosas mujeres... Supongo que las clientes no permitirán entrar aquí a sus esposos y novios.

—Desde luego —sonrió la dama—. Además, está prohibido. Ellos esperan, cuando vienen, en otra sala.

—Sabía precaución. Por cierto, ahora recuerdo que una amiga de, un amigo mío trabaja para ustedes.

—¿Sí? ¿Cómo se llama?

—A ver... Borroughs, Eileen Borroughs, eso es.

Por el rabillo del ojo vio enfriarse la expresión de su acompañante.

—Ya no trabaja aquí —dijo con sequedad.

—¿Seguro? Hace tiempo que no veo a mi amigo con ella, pero la última vez que los vi, me dijo que era modelo de ustedes.

—Lo fue, en efecto. Pero hace dos años que nos dejó.

—¡Ah! Supongo que para pasar a otra casa...

—Es muy posible —la dama pareció reflexionar antes de volver a hablar—. ¿Aprecia mucho a su amigo, inspector?

—Pues..., creo que sí. En realidad es un excelente muchacho.

—¿Y qué ideas son las suyas respecto a esa joven?

—¡Hum! A juzgar por lo que vi y me dijo, no pueden ser mejores. Creo que iba a casarse.

—¿Pero, aún no lo ha hecho?

—No. Me habría avisado —la miró con fijeza—. ¿Es que hay algo malo en esa chica?

—Verá. Yo que usted, avisaría a su amigo que vale más que rompa sus relaciones.

La cara de Preston se puso muy seria.

—Eso es algo muy grave, «*madame*»...

—Ya lo sé. Y sí le hago esta confidencia, es porque usted callará la fuente de su informe, porque me ha dicho que su amigo es un hombre decente... y porque Eileen Borroughs no lo es.

—Tendrá pruebas de eso, supongo.

—Trabajó aquí tres años. Como modelo es excelente y como mujer, vale la pena. Pero es absolutamente inmoral.

—¿En qué sentido?

—En todos. Dura de corazón, cínica, desvergonzada... Tuve varias quejas de clientes por su conducta. No aquí, sino fuera. Cazaba a los hombres con gran facilidad y los dejaba con la misma. Por lo menos un noviazgo y dos divorcios se le atribuían. La aguanté porque... —vaciló un instante— bueno, amenazó con un escándalo si la despedía. Y nunca me he alegrado tanto como al anunciarme que se iba.

—¿Le dijo por qué?

—No. Pero me figuro que alguna de sus víctimas le ofreció algo que valía la pena para ella. Tal vez su amigo. ¿Es rico?

—Bastante.

—Pues ahí tiene el motivo. ¡Ah! Se me olvidaba. Antes ha mencionado a *sir* Roger Ballantyne. El y *miss* Borroughs eran muy

grandes amigos... y ya sabe lo que esto significa tratándose de *sir* Roger.

## CAPÍTULO X

Shoreham es uno de los barrios más pobres de Londres. Y Ashelton Street no era de sus mejores calles.

Preston avanzó por ella haciendo esfuerzos inauditos para no caer en ninguno de sus muchos charcos fangosos que la llenaban y se detuvo ante el número veintitrés, una casucha de tres pisos, de mugrientas paredes y oscuro portal.

—Estoy buscando a la señora Borrowoughs —dijo al zapatero remendón que ocupaba un rincón del mismo. El hombre le miró desconfiadamente por sobre los lentes, antes de replicar:

—Está arriba, en el segundo piso.

Tuvo que encender un fósforo para no sufrir un accidente en los mugrientos y resbaladizos escalones.

A su llamada en la puerta del citado piso apareció una chica espigada, desgredada y mal vestida, pero indiscutiblemente bonita, que le miró aún con más desconfianza que el zapatero.

—¿Qué busca usted?

—A la señora Borrowoughs. ¿Vive aquí?

—¿Para qué?

—Eso, muchacha, voy a decírselo a ella.

—¡Madre! ¡Preguntan por usted!

Gruñó algo una voz al fondo de la casa y con ruido de zapatillas en chancleta se aproximó una mujeruca gruesa, no más limpia ni aseada que su hija, pero con huellas de haber sido, en su tiempo, bonita también. Ahora era casi una ruina, aunque Preston sabía que no contaba más de cuarenta y cinco años. Miró al intruso suspicazmente.

—¿Por mí? ¿Y para qué?

—Soy inspector de una compañía de Seguros, señora Borrowoughs

—mintió Preston con descaró—. Tenemos una póliza a favor de usted y precisamos algunos datos.

La mujer parpadeó estupefacta.

—¿A mi nombre? Eso no puede ser. Yo no he hecho...

Preston sacó un carnet de notas, consultándolo...

—¿Se llama usted Agnes, Mabel, Rose Burton, nacida el 16 de enero de 1906 en Liverpool?

—Sí, señor. Pero...

—La solicitud de póliza a su nombre nos ha sido hecha por *miss* Eileen Borroughs.

—¡Ah! —Cambió la expresión de madre e hija—. ¿Con que ha sido ella?

—No puedo creer que Eileen sea tan generosa.

—¡Cállate tú! ¿De qué se trata?

—Su hija, pues suponemos que lo es...

—¡Sí, sí...!

—Bueno, ha formulado a su nombre un seguro de vida por diez mil libras, que ha de pagarse, cuando usted fallezca, a su otra hija Mabel.

Las dos mujeres eran la viva imagen del asombro.

—¿A... mí? —balbució la muchacha.

—Sí, si es usted.

—¡Pues claro que lo soy!

—Entonces, tendrán que darme unos datos. Más tarde las llamaremos para firmar los documentos precisos.

Un minuto más tarde estaba sentado en la mejor silla de un destartalado y sombrío comedor, atendido por dos solícitas mujeres.

Durante un rato fue tomando notas y tirando de la lengua, cosa nada difícil, pues la inesperada fortuna las hacía locuaces en extremo.

—Siempre dije que Eileen era una gran chica, aunque su padre se empeñara en lo contrario. El murió hace tres años, ¿sabe? Era un buen hombre, aunque demasiado anticuado. A las chicas hay que dejarlas vivir y abrirse camino por sus medios, es lo que yo digo... Si yo hubiera hecho eso, no me vería así ahora, que buenas oportunidades tuve...

—¿Dónde está Eileen ahora?

Preston se sorprendió.

—¿Es que no lo saben?

—Hace cinco años que no sabemos por dónde anda.

—¡Mabel! Verá usted, señor. Eileen se fue de casa luego de una disputa con su padre. Es una chica inteligente, voluntariosa... y aunque no debiera decirlo, muy guapa. Tenía pretendientes muy buenos que la hacían regalos... A ella le gustaba lucir buenos trajes, ir a sitios elegantes... Pero nosotros somos pobres, ya ve, y su padre no la dejaba salir por las noches.

—Así es que ella terminó por escaparse con uno.

—¡Mabel no seas desvergonzada! No la crea, señor, no fue nada de eso. Verá, ocurrió que Eileen conoció en la tienda donde trabajaba, ahí en Roxwell Terrace, a un caballero de lo mejor. Se hicieron amigos y él la prometió buscarle mejor empleo. Su padre se enteró de que salían juntos y puso el grito en el cielo. Era buena persona mi Ted, pero tenía la mano dura cuando se enfadaba. Una noche que Eileen llegó un poco tarde...

—Las dos de la mañana.

—¡Mabel! ¡Te voy a dar un guantazo!... Dispense, señor. Bueno, ¿qué decía? ¡Ah, sí! Mi marido se enfadó mucho y le dio una paliza. Eileen no dijo nada, pero al día siguiente no volvió a casa.

—Y hasta hoy.

—Ahora, que se ha portado bien. Desde que su padre murió, nos pasa dos libras por semana, sin fallar una.

—Y tiene dinero de sobra. Ya te dije que la vi con aquel caballero en un coche de lujo, toda llena de pieles y joyas. Ella me vio también, pero volvió la cara. La muy...

—¡Mabel, vete a la cocina! No le haga caso. Es una chiquilla y está obcecada. Pero si Eileen ha tenido suerte, yo me alegro. Y tú deberías hacerlo también, ya ves lo que te regala.

—Sí, y aún no acabo de creerlo...

—Acaso usted la confundió con otra, Mabel —terció Preston—. ¿No podría ser?

—¡Qué va! Lucía buena luz en donde la vi con aquel tipo.

—¿Cómo era él?

La chica hizo un retrato bastante detallado.

—¿Y fue hace mucho?

—Hará cosa de un año. Yo iba...

Cuando Preston bajó las escaleras, una leve sonrisa curvaba sus

labios. La red se iba cerrando...

Roxwell Terrace era una plaza tranquila, brillante bajo la lluvia fina que estaba cayendo. Y el único establecimiento de lencería había encendido las luces interiores. Una muchacha pálida le recibió.

—Buenos días, señor. ¿Qué es lo que desea?

—Hablar con la dueña.

—Está arriba. Si espera un momento...

Tocó el timbre y luego se quedó mirándole curiosa. Preston la interpeló:

—¿Lleva mucho trabajando aquí?

—Dos años.

—Debe ser muy aburrido, sobre todo en invierno.

—Bastante...

—Y si ha de caminar mucho...

—Vivo en Coxfield Road, cuarenta y siete, por si lo quiere saber.

—¡Oh, no, perdone! Era sólo por matar el tiempo.

—Ya... Aquí está la dueña.

Una mujer de media edad y trajeada de luto le miró de pies a cabeza.

—Usted dirá, señor.

Preston enseñó su carnet.

—Tengo entendido que hace años tuvo aquí una empleada llamada Borroughs...

—Eso hace mucho. ¿Es que le ha pasado algo?

—¿Por qué le parece que puede haberle pasado algo?

—¡Oh, pues...! Yo... Ella era...

Estaba evidentemente nerviosa. Preston habló suave:

—Serénese. Sólo deseo obtener unos informes del tiempo que aquí estuvo. Nada le pasa a ella, pero está metida en algo feo.

—Era de esperar. Cuando una mujer se lía la manta a la cabeza...

Estuvo hablando largo rato, mientras Preston tomaba notas. Al final, el inspector hizo una pregunta.

—¿Puede describirme al hombre que venía a por ella?

La mujer podía hacerlo.

—Era un hombre alto y arrogante, con cara colorada y pelo rojo. Desde luego un gran tipo de hombre. Tendría unos cuarenta años y

creo..., al menos eso decía Eileen, que era *baronet* o algo así... ¡Sí, eso es, sin duda alguna!

Preston sonrió dando las gracias y guardándose la foto. Contaba con una prueba más de que todos los datos de caza eran buenos para *sir* Roger, cuando la pieza valía la pena.

El resto de la jornada la pasó el inspector buscando una máquina de escribir de ocasión. Exigía una Remington número tres y cuando los vendedores trataban de inducirlo a considerar otras marcas, rehusaba mirarlas, diciendo que un amigo le había recomendado mucho la «Remington n.º 3», y que había comprado una hacía cinco o seis semanas poco más o menos. Quizá la había comprado en aquel mismo establecimiento. ¿No? ¿No habían vendido una «Remington n.º 3» en los tres últimos meses? ¡Qué raro!

Pero en un negocio si que habían vendido una máquina de aquel tipo, justo a fines de octubre. Y aquello tenía gran interés para el inspector.

—¿No llevan ustedes cuentas de lo que venden?

—Verá usted; si se refiere a señalar el nombre y dirección de los compradores..., no.

—Pero una «Remington» es demasiado pesada para llevársela el cliente. Acaso pidió se la llevaran a casa.

—Este cliente determinado, no lo hizo. Llegó en un taxi y se llevó la máquina él. Por cierto que pagó sin regatear el precio que le pidieron. No, no recordaba bien su aspecto. Desde luego, era distinguido...

Preston le enseñó unas cuantas fotografías. Y el hombre señaló una.

—Éste es, sin duda. Aunque, claro, no iba vestido de etiqueta...

A las siete de la tarde, Preston entró en su despacho de Scotland. Yard. Y un minuto después, le llamaba la voz irritada de Mallory.

—¿Dónde diablos se ha metido? Tengo a una veintena de chóferes de taxi reunidos para usted desde hace dos horas y los hombres se me quejan, además de que ensucian el despacho donde los han metido.

—Mándemelos acá —repuso Preston con dignidad—. Así se verá libre de ellos.

Uno tras otro fueron pasando chóferes malhumorados ante su mesa. Con todos ellos perdió Preston muy poco tiempo, sin

embargo. Se limitó a enseñarles una foto, preguntándoles si conocían a aquel hombre.

El que hacía catorce afirmó que sí sin vacilar.

—¿Recuerda dónde lo tomó y dejó, y la hora aproximada?

El chófer se acordaba bastante bien. Había efectuado un viaje de ida y vuelta a Picadilly, donde el pasajero depositó alguna cosa en la oficina de Correos.

—Nada más. Puede irse. Y diga a sus compañeros que ya no les preciso.

Se fue hacia el despacho de su jefe, que le miró de hito en hito al verle entrar.

—¿Y bien? ¿Sacó algo en claro?

—Mucho.

—¿Qué hay del asesino?

—Podría dárselo ahora mismo, sí quisiera.

Mallory casi saltó de su asiento.

—¿Es que lo conoce?

—Perfectamente. Y usted también. Conozco al criminal y sus motivos.

—¿Entonces...?

—Aún me quedan uno o dos cabos por atar, Mallory. Y obtener una o dos pruebas necesarias para completar el caso. Pero dentro de tres días se lo entregaré.

—¿Por qué entonces y no ahora?

—Antes he de hacer una visita... y un pequeño viaje.

## CAPÍTULO XI

A la mañana siguiente, Preston tomó el tren para Manchester, permaneciendo allí casi todo el día, durante el cual, visitó a varios parientes y amigos de la difunta señora Granger. Y por la noche, tras un largo recorrido en un automóvil alquilado, se detuvo a pernoctar en una pintoresca y pequeña posada de las cercanías de Huntingdon, siendo acogido magníficamente por un matrimonio muy servicial que no esperaba a ningún huésped con tan pésimo tiempo.

Después de enseñarle su habitación y mientras esperaba que le preparasen la cena sentado a la chimenea, hizo el elogio de la posada.

—Se está aquí estupendamente, sobre todo teniendo en cuenta el frío que hace afuera. Me extraña que no tengan más huéspedes.

—No es época para ello. En invierno apenas si suele parar alguno aquí —repuso el posadero, hombre de media edad, rechoncho, carilleno y afable, poseedor de una historiada pipa de la que extraía más humo que daba la misma hoguera—. En abril es cuando empieza a animarse esto.

—Tendrán mucho trabajo entonces...

—Pues no nos falta... Aunque estamos un poco apartados, los alrededores son muy hermosos y sobre todo los recién casados gustan mucho de ellos.

—Se comprende. ¿Vienen muchas parejas de éstos?

—Son nuestra mejor clientela. A veces tenemos hasta tres a un tiempo. A ellas les gusta el ambiente que conservamos en casa... y ya sabe qué, en la luna de miel, lo que a ella le gusta, también le gusta a él —terminó riendo.

Preston le hizo corro.

—Ahora que recuerdo, un amigo mío creo que pasó unos días por estos parajes, hace ya bastantes años. Me dijo que él y su esposa estuvieron unos días en una posada encantadora..., tal vez fuese ésta. El se llamaba Ballantyne.

El posadero hizo un esfuerzo.

—No recuerdo... Pasan por aquí tantos...

—Creo que llevo encima una foto suya.

Sacando su cartera, Preston extrajo de ella la fotografía de *sir* Roger, dándosela al posadero.

El hombre se caló los lentes y la contempló unos instantes. Luego sonrió.

—¡Hombre! Sí, ya lo recuerdo. En efecto, estuvieron aquí unos días. ¿De modo que es amigo suyo? ¡Qué pequeño es el mundo! Por cierto que con esa pareja sucedió algo muy raro. Cosas de recién casados, claro. Ella era una chiquilla entonces...

—También tengo una fotografía suya —dijo Preston, enseñándosela.

—¡La misma! Claro que aquí es mucho más mujer. Entonces debería tener unos dieciocho años... ¡Ven acá, Mary, mira esto!

La posadera, una mujercita pulcra y vivaracha, de cara simpática y ajos alegres, se acercó curiosa, tomando las fotografías.

—¡Vaya! ¡Pues claro que me acuerdo! Perfectamente. Él era un arrogante caballero, y ella una muchacha muy hermosa. Vinieron... A ver... fue al comienzo de la guerra..., ¡justo!, en abril del 40. Aún no habían invadido Francia los alemanes. Espero que estarán bien los dos.

—Ella ha muerto.

—¿De veras? ¡Cuánto lo siento! Parecía tan feliz entonces y tan enamorada de él... Su esposo era, desde luego, un guapo mozo... Bueno, ya un hombre hecho. Debía tener sobre unos treinta y tantos. En cuanto a ella, aún era una chiquilla. Así se comprende lo que ocurrió...

—¿Qué fue?

—Pues, verás. Pasó el cuarto o quinto día de estar aquí. Hasta entonces los dos parecían enteramente felices, pero aquella mañana ella quedó sola porque él tenía que hacer no sé qué en Huntingdon y marchó a Ingershall, el pueblo que hay a una milla al Norte. Volvió a mediodía tremendamente seria y con señales de haber

llorado mucho. No contestó a mis preguntas, subiendo enseguida a su cuarto, y poco después bajó con sus maletas, pidiéndome que llamara a un taxi de Huntingdon. Yo le pregunté si ocurría algo, al verla tan alterada, y sólo me dijo que le diese a su esposo una carta que me entregó.

—Qué raro...

—Cuando él vino por la noche, así lo hice. Recuerdo que se puso furioso. Luego se calmó y nos explicó lo sucedido. Los padres de ella se oponían a la boda y por eso se habían fugado, casándose el día antes de venir aquí, con la esperanza de que luego los convencerían. Pero ella —cosa muy lógica— les había escrito, por lo visto, sin decirle nada a su esposo recibiendo una carta en que le anunciaban que su madre estaba muy enferma del disgusto. Por eso había marchado...

—Supongo que él también se iría.

—Bueno, se fue aquella misma noche y ya no habíamos vuelto a saber de ellos. ¿Conque la pobre señora ha muerto? Es una verdadera pena.

—Sí. ¿De modo que fue, eso lo que ocurrió? Yo ya sabía algo, pero no creí que mi amigo fuese capaz...

El matrimonio se mostró comprensivo.

—El amor es loco, señor. Y ella estaba enamorada...

Sí... y esto explicaba muchas cosas también... En toda aquella noche, Preston durmió muy poco, pensando en cuán difícil es penetraran el corazón humano y cuántos son los caminos del azar. También en otras muchas cosas.

A la mañana siguiente regresó a Londres. Tenía en sus manos todos los hilos de la trama. Cada pieza de aquel rompecabezas había tenido que buscarla pacientemente, pero ahora todas se unían y ensamblaban para formar un mosaico extraordinario. Estaba en situación de señalar al asesino, aportando contra él un cúmulo de pruebas abrumadoras, pero antes de hacerlo, aún deseaba apurar todas las pistas, dejar acabado su trabajo en todos los detalles.

Sobre el mediodía, tan fresco y elegante como si no hubiese terminado de realizar un largo viaje con un tiempo de perros, llamó a la puerta número cuatro del veintisiete de Thorton Street.

Tras un corto intervalo, ésta se abrió, apareciendo una doncella más bien fea, aunque joven.

—¿Qué desea?

—¿La señorita Borroughs? Soy un inspector del Tesoro.

Aquello impresionó a la sirvienta, haciéndola caminar el gesto mientras abría del todo.

—Está en el baño ahora. Si tiene la bondad de esperar un poco. Pase aquí, por favor.

Mientras se quitaba el abrigo y el sombrero para dárselos, Preston recorrió en rápida ojeada, el vestíbulo. Muy moderno muy «chic»... pero quizá un poco extravagante. La misma impresión le causó la salita donde fue introducido. Muebles caros, de líneas ultramodernas; papel decorativo en las paredes, gruesa alfombra en el suelo, demasiados bibelots y flores... Se respiraba un ambiente denso, sobrecargado, y el inspector se dijo, mientras, lo examinaba todo atentamente, que ningún hombre de mediana inteligencia podría abrigar dudas sobre la dueña de aquella habitación.

Dos fotografías grandes sobre el lujoso radio-televisor llamaron al instante su atención. La doncella había ido a anunciar su visita y no estaba a la vista. Se acercó a examinarlas. Una era, sin duda, de Eileen Borroughs y, si el original se le parecía, resultaban comprensibles ciertas cosas. La otra era de un hombre e hizo asomar una sonrisa en los labios del inspector. Los asesinos no deberían fotografiarse... y de hacerlo, la más elemental precaución les debía aconsejar no exhibirlas en sitios tan peligrosos como aquél.

Eileen Borroughs tardó media hora larga en aparecer. Mas si esperaba hallar a un irritado inspector del Tesoro, sufrió una desilusión absoluta.

Preston fumaba tranquilamente, viendo deshacerse las volutas de humo en el aire, y no aparentó haber oído sus pasos hasta que ella habló.

—Hola...

Entonces se volvió despacio, levantándose.

Desde luego, era una belleza. Preston tuvo que reconocerlo imparcialmente. La otra noche apenas si pudo formar un juicio de ella, pero ahora, teniéndola a menos de tres metros...

Se había puesto una larga bata azul con adornos blancos en el cuello y las mangas, y llevaba sueltos los cabellos dorados. Posiblemente no le llegaría a Preston a la barbilla, pero era

positivamente seductora. Sin embargo, éste halló dureza en las comisuras de sus labios perfectos y en el brillo de sus ojos azul-verdes. Su sonrisa era luminosa, al igual que su pelo, y su cuerpo tenía la suave flexibilidad de las serpientes y los felinos jóvenes. «Una gata hermosa... y peligrosa», se dijo poniéndose en guardia mientras se inclinaba galantemente.

—Soy un inspector del Tesoro, señorita Borroughs —anunció tranquilamente— en misión de servicio. Le ruego me perdone las molestias que le ocasiono, pero...

—No se preocupe de eso, inspector. Soy yo quien le pide perdón por haberle hecho esperar tanto. Pero ya le habrá dicho la doncella que estaba en el baño... Siéntese, por favor. ¿Quiere tomar algo?

—No, gracias. Si me lo permite, procederé enseguida a cumplir con mi trabajo.

—Por mí, como quiera. Aunque no sé qué puedo interesarle yo al Tesoro —se sentó frente a él, cruzando un par de piernas perfectas, que al abrirse la bata, quedaron visibles hasta la rodilla y le miró fijamente—: Creo que yo le he visto antes en alguna parte. ¿Nos conocemos?

—Estoy seguro de que no. De ser así, yo no hubiera podido olvidarla —repuso él, galante, ganándose una cálida sonrisa.

—Es usted distinto a como yo me imaginaba a un inspector del Tesoro.

—¿Cómo se los imaginaba?

Una mano de ella, larga, blanca y cuidada, con las uñas muy largas y rojas, hizo un gesto vago.

—¡Oh, qué sé yo! Pues..., gordos, calvos, fumando tabaco imposible y con trajes de confección —rió y Preston tomó nota mental de lo cristalino de su risa, y también de que buscaba entusiasmarlo con algún oculto motivo. Estaban sus bellos ojos demasiado alerta...

Sacó un «block» de notas y la estilográfica, tomando un aire profesional.

—Señorita Borroughs, al Estado le interesa conocer su situación financiera, lo mismo que la de todos los individuos que lo componen...

Enjaretó un bien preparado discurso, siguiendo con diversas preguntas de tipo personal y sin importancia, a las cuales ella

contestó sin vacilar. De repente, se tiró a fondo:

—Y ahora, *miss*, pasaremos a su situación económica. ¿Propiedades, ingresos...? ¿Tiene acciones o algo parecido?

—Nada de nada. Vivo de mi trabajo.

—¡Ah! Y, ¿es... modelo, según tengo entendido?

—Así es.

—¿Modelo de artistas, alta costura...?

—De todo. Desde luego he trabajado para una o dos casas de moda, exhibiendo sus trajes; pero también poso para artistas.

—¿Trabaja ahora...?

—Para artistas solamente. Hace meses que no exhibo modelos.

—¿Puede darme algunos nombres? Es sólo como comprobantes, ya comprende.

La vio vacilar. Luego citó un par de nombres conocidos, como a desgana.

—Debe comprender que no me conviene que se divulgue esto, inspector. En mi profesión...

—No hay peligro por mi parte, se lo prometo. ¿Ingresos?

Ella dio una cifra.

—Eso parece muy poco, *miss* Borroughs —de apuntó él tímidamente—. Sabemos que tiene usted cuenta corriente en un Banco, en la que ingresa todos los meses una fuerte suma. Y también que posee valores...

La vio parpadear. Pero enseguida se repuso y su voz y su sonrisa se hicieron insinuantes.

—Bueno, inspector... Ya veo que no se les puede ocultar nada. Verá, es un poco difícil para mí explicárselo, comprenda... —Se ruborizó convenientemente—. Tengo un amigo... y...

Preston se hizo cargo.

—Ya comprendo... Pero de todos modos, tendrá que declarar esos bienes.

—¿No podría arreglarse? Por ejemplo, poniendo lo del Banco como si fueran ahorros de muchos años. Yo... se lo agradecería mucho, inspector.

Su actitud no dejaba dudas acerca del modo como pensaba expresarle su agradecimiento. Preston siguió el juego, mostrándose como un probo funcionario atacado de pronto en lo más vulnerable de su ser, que vacila, indeciso, entre el deber y un magnífico

soborno.

Al cabo de media hora, se rindió.

—Veré lo que puede hacerse, señorita...

—Llámeme Eileen. Mis amigos lo hacen así.

—Bien..., Eileen. No le prometo nada, pero... si consigo arreglarlo, tendrá que firmar unos documentos... ¿Dónde podría traérselos?

—¿Cuándo los tendrá?

—Pues... Dentro de tres días...

—¿El viernes, entonces?

—Sí.

—Pues bien. Puede traérmelos aquí..., digamos a las tres. Tomaremos el té juntos, si le parece —añadió con prometedora sonrisa. Y Preston no necesitó fingir gran cosa azaramiento y entusiasmo.

Se levantó torpemente.

—Bien, debo irme... ¡Ah! ¿No tendría en casa máquina de escribir, por casualidad? He de tomar unas notas y me ahorraría volver a mi oficina.

Eileen Borroughs la tenía, por casualidad. Y con mucho gusto se la ofreció. Estuvo muy junto a él mientras tecleaba nervioso unos párrafos y su despedida fue extraordinariamente cordial para ser dirigida a un funcionario desconocido de ella una hora antes.

Mientras bajaba la escalera, guardándose el pañuelo en el bolsillo, Preston murmuró:

—Dalila... o mejor Eva. Los hombres siempre estarán dispuestos al mal cuando les empujan mujeres así.

## CAPÍTULO XII

Todo estaba hecho. Preston se fue a comer a un restaurante a cuyo dueño hizo un señalado favor en fecha remota y que desde entonces se enfadaba si no lo veía por su establecimiento al menos dos veces por semana. Se sentó en su mesa favorita, pidió un plato de «caneloni» con vino napolitano y miró interrogativo a los grises mostachos del italiano.

—Dime, Louigi. ¿Qué opinión tienes tú de las mujeres?

—Que a veces son lo mejor del mundo y con frecuencia lo peor.

—¿Y de los hombres que creen en ellas?

—¡Oh! De esos..., que son unos imbéciles. Mire, inspector, a las mujeres hay que quererlas..., pero no creerlas. Algunas veces dicen la verdad, pero la más sincera, y la mejor de todas, siempre se guarda cosas que nunca cuenta a nadie. Son como esas cuevas con tantos recovecos que uno acaba por cansarse de explorarlas. Ya ve mi Franchetta. Parecía tan buena, decente y franca como la primera, diez años casados y nunca me había dado un motivo de disgusto. Y luego va y resulta que ella y aquel bandido de Caprasi habían tenido que ver antes de conocerla yo... Y la muy... ¡Dios me perdone!, no me lo dijo, prefiriendo aguantarle a aquel granuja sus chantajes... No, inspector, di hombre que se fía de una mujer no sabe lo que hace.

Preston tenía en ocasiones la misma opinión que Luigi acababa de expresar. Y ésta era una de ellas. Después de comer visitó, sucesivamente, a *lady* Ballantyne, a *sir* Roger y a *míster* Harvey Granger.

*Lady* Ballantyne le recibió cordialmente, preguntándole por la marcha de su investigación.

—Me vuelvo a Francia la semana que viene. El clima de Londres

es odioso en invierno. ¿Lograron averiguar quién envió los bombones a Roger?

—Todavía no. Estamos siguiendo una buena pista, pero aún es pronto para decir nada. A propósito, *milady*, quería hacerle unas preguntas.

—Usted dirá.

—¿Recuerda si en la primavera de 1940 su esposo estuvo separado de usted por una temporada?

La dama reflexionó unos momentos, antes de contestar.

—Pues, sí... Recuerdo que Roger hizo frecuentes viajes al Norte durante, todo el invierno. Decía que estaba trabajando para el Gobierno, en una misión secreta, pero no acabé de creérmelo. Por entonces, ya habíamos tenido serios disgustos a causa de su conducta.

—¿Y en abril, concretamente?

—Estuve casi un mes sin verlo. Sólo unas cartas espaciadas.

—¿No recuerda de dónde?

—Pues, no. Solo, que del Norte del país. Luego apareció en casa de bastante mal humor, que atribuí a las malas noticias de la guerra. ¿Acaso..., se trataba de otra de sus aventuras?

—Me temo que sí. Y no de las que más honor pueden hacerle, siento tener que decírselo.

Se crisparon las facciones de la dama.

—¿Alguna... mala acción?

—Engañó a una muchacha haciéndole creer que era soltero y que iban a casarse.

—¿Hizo..., eso?

—Sí.

Por unos momentos, la dama desvió la mirada, abatiendo la cabeza. Luego volvió a erguirla.

—Gracias por decírmelo, inspector. Yo sé muchas hazañas de mi esposo, pero nunca le supuse capaz de llegar a tal extremo. ¿Y... ella?

—Era decente. Se enteró, por casualidad, a los tres o cuatro días de escaparse con él y le abandonó, regresando a su casa. Tal vez por eso él volvió de mal humor.

—Sí...

—Otra cosa. ¿Ha oído hablar de una tal Eileen Borroughs?

—No. ¿Por qué?

—Trabajaba como maniquí en «Roxana» hace unos tres años. Una muchacha rubia, muy hermosa...

—Ya recuerdo... Sí, creo que la vi varias veces. No tenía buena fama. Creo que hubo algunas habladurías y unas clientes se marcharon por ella.

—¿Qué clase de habladurías?

—Cosas de mujeres. Se decía si esa muchacha estaba chantajeando a hombres de posición y también a «Roxana»... Desde luego, resultaba raro que ésta no la despidiera antes que perder a sus clientes. Creo que luego se fue por su voluntad. ¿Es que también mi esposo...?

—El la descubrió en un tenducho del East End, hará unos cinco o seis años.

—¡Ah! —Resultaba dolorosa su expresión. Preston la compadeció, imaginando sus sentimientos, y tras un rato más de charla se levantó, despidiéndose.

Ya en el vestíbulo, lanzó una pregunta al azar.

—¿Conocía usted a la señora Granger? Quiero decir si la trató.

—Muy poco. Frecuentábamos sitios comunes, pero no pertenecíamos al mismo círculo.

—¿Y su esposo? Ella era muy hermosa...

—Comprendo lo que insinúa, pero nunca le vi hablarle. Y si era como dicen, no creo que ahí tuviese, él nada que hacer.

*Sir Roger* estaba en el club, como de costumbre. Recibió al inspector con una mezcla de franqueza y recelo.

—Supongo que no habrán dado con ese maldito envenenador. No sé para qué sirven ustedes en realidad, si no pueden atrapar a los tipos que se dedican a enviar bombones de veneno...

—Todo cuesta trabajo, *sir Roger* —repuso Preston encendiendo un cigarrillo—. Y nosotros trabajamos de firme en este caso.

—Ya lo sé. Metiendo sus narices donde no les importa.

—¿Se refiere a sus asuntos amorosos?

—¡Sí, señor! No veo...

—Todo nos importa cuando se trata de esclarecer un crimen. Por ejemplo, nos importa mucho cierta señorita llamada Eileen Borroughs.

*Sir Roger* se envaró, demostrando haber sido tocado.

—¿Cómo diablos...?

—¿Nos hemos enterado? Trabajamos mucho, *sir* Roger.

El caballero soltó una seca interjección.

—Ya lo veo... ¿Qué han averiguado?

—Bastantes cosas. Por ejemplo, cómo la descubrió usted, dónde y en qué fecha, aproximadamente. Nos falta saber cuándo cesaron sus relaciones y por qué.

—¿Y eso qué le importa a nadie?

—Mucho. Podría ser ella quien envió los bombones.

—¡Hum! Podría ser... —*Sir* Roger pareció reflexionar intensamente—. Sí, es muy posible... Eileen es capaz de eso y más... ¿Qué quiere usted saber?

—Ya se lo he dicho. Todo lo referente a sus relaciones.

—Está bien. La conocí una tarde...

La casa de los Granger tenía un aspecto triste, como si la tragedia la hubiese, impregnado. Y la niebla que comenzaba a espesarse hacía más triste aún su apariencia.

Le abrió un criado vestido de luto y con cara de circunstancias.

—El señor está en la biblioteca. Le anunciaré su visita —dijo mientras le hacía entrar.

—¿Cómo se encuentra?

—Muy deprimido. Quería mucho a su esposa, y lo ocurrido.

Harvey Granger parecía haber envejecido diez años. Su tez aún no había recobrado el color habitual y estaba más delgado. Tendió al inspector una mano sin energías.

—Bienvenido. Estoy tan sólo ahora, que una visita es para mí un regalo.

—Debería salir, moverse, ocuparse de sus negocios.

—No puedo. El pensar en todo eso me crispa los nervios. Y luego..., cada vez que veo un sitio donde Joan y yo...

Se le cortó la voz, permaneciendo un instante silencioso. Luego se repuso.

—Perdóneme. Supongo que habrá venido para algo.

—Sólo a hacerle unas preguntas.

—Si puedo contestarlas... ¿Han averiguado ya algo acerca de...?

—Tenemos entre manos una posible solución. Dígame, Granger. ¿Su esposa y *sir* Roger Ballantyne se conocían?

Granger pareció desconcertado.

—Pues..., muy superficialmente. Es posible que nos hayamos encontrado alguna vez en fiestas o reuniones sociales, pero nunca habló Joan con él que yo recuerde... En realidad a mi esposa le desagradaban *sir* Roger y su familia. Ella era muy recta en todo... Si alguna vez sus amigas, o yo mismo, le nombrábamos, no ocultaba su disgusto y el desprecio que *sir* Roger le inspiraba.

—¡Ah!

—¿Por qué me ha preguntado eso? ¿Es que...?

—Usted acaba de decirme que su esposa despreciaba a *sir* Roger. Tal vez tuvo ocasión de expresarle ese desprecio con palabras.

Se acentuó la palidez de Granger.

—¡Cómo! ¿Usted insinúa...?

—Su esposa era bella y *sir* Roger un mujeriego impertinente. Pudo solicitarla y, al ser rechazado con desprecio, desear vengarse.

—Y para ello preparó lo de los bombones... No, no puedo creerlo, inspector. Resulta... demasiado inverosímil. Después de todo, *sir* Roger es un caballero y...

Preston le dejó un cuarto de hora más tarde, rumiando sus sugerencias, y trasladóse a Scotland Yard donde Mallory le recibió con los brazos abiertos.

—¡Bienvenido! Supongo que estará ya en condiciones de cumplir su promesa. Ayer mismo tuve una entrevista con el comisario jefe acerca de este asunto y, para calmarle, le aseguré que antes de tres días lo tendríamos resuelto... No irá a decirme que fanfarroneó...

—Nada de eso. Mañana mismo le entregaré al asesino de la señora Granger.

—¿Quién es?

—Permítame guardar el secreto hasta mañana.

—Ya está con sus malditos métodos efectistas... —Gruñó Mallory—. Supongo que ahora me pedirá que celebremos, una de esas entrevistas tan de su agrado.

—Así es.

—¿Cuándo, dejará de ir al cine, Preston?

—No sabe cuánto se aprende en él, Mallory.

—Bueno, allá usted... ¿Qué piensa hacer?

—Yo, nada. Usted envíe mañana tres invitaciones a *sir* Roger Ballantyne, al señor Harvey Granger y la señorita Eileen Borroughs para que se personen en su despacho. Y envíelas con tres agentes

que les impidan comunicarse con nadie del modo más cortés.

Mallory miró de hito en hito a su subordinado.

—¿Cuál de ellos es, Preston?

El inspector despidió una perfecta espiral de humo antes de contestar.

—Se sorprenderá usted enormemente cuando lo sepa..., y cómo ha sido todo, Mallory. Se lo aseguro.

## CAPÍTULO XIII

Cuando Preston entró en el despacho de Mallory a la mañana siguiente, ya estaban allí *sir* Roger y Granger, ambos haciendo grandes esfuerzos para contener su curiosidad. Y una sola mirada bastó al inspector para saber que sus palabras de la tarde anterior habían causado efecto en ambos. El caballero parecía preocupado, y en cuanto a Granger, le costaba trabajo mostrarse ni siquiera cortés. Mallory los escrutaba en silencio, mirando alternativamente a uno y otro mientras fingía interesarse por unos papeles.

La entrada de Preston alivió momentáneamente la tensión. *Sir* Roger estalló enseguida.

—¡Vaya, hombre! Su jefe nos ha dicho que la llamada procede de usted. ¿Quiere decirnos a qué viene eso, y por qué no me avisó con tiempo ayer tarde, cuando charlamos en mi club? ¿Y esa ridícula orden de no dejarnos telefonear?

—¿Intentó hacerlo, *sir* Roger?

—¡Claro! Tenía una cita con un amigo y no podía dejarlo plantado. Pero ese maldito policía suyo me lo impidió. ¡Les pediré cuentas de esto, Preston!

Éste esbozó una leve sonrisa.

—Mucho lo siento, *sir*, y se las daremos. Pero mi subordinado tenía sus órdenes y créame que esta pequeña molestia era necesaria. ¿Acaso no tiene interés en conocer quién envenenó a la señora Granger?

Se produjo un cambio súbito en los dos hombres. Granger casi se levantó de su asiento.

—¿Es que lo sabe usted?

Preston asintió calmoso.

—Así es, Granger.

—Pero... Ayer nada me dijo...

—No lo creí conveniente, aún.

—¡Bah! —habló despectivo *sir* Roger—. Tampoco me lo dijo a mí. Me parece, inspector, que esto es una tontería. Si de veras conoce al criminal, ¿por qué no lo mete en un calabozo? Eso es lo procedente.

—Ya está en Scotland Yard.

—¿Quiere decir que ya lo han apresado?

—Virtualmente, sí.

—No le entiendo...

Los dos hombres parecían desconcertados. Mallory callaba sin perder detalle.

—Se lo aclararé enseguida. Sólo falta por venir una persona, y en cuanto llegue... ¡Ya está aquí!

Habían llamado a la puerta. Abrió, inclinándose levemente.

—Buenos días, señorita Borroughs. La estábamos esperando.

La joven se había parado en el umbral, mirándolo con ojos muy abiertos.

—¡Usted! —dijo—. ¿Luego me engañó...?

—No del todo. Como ve, soy inspector, pero de la Policía Metropolitana.

Dentro del despacho, un hombre, por lo menos, estaba tremendamente preocupado ahora. Y cuando la muchacha vio a quiénes esperaban, se quedó pálida de pronto y se le cortó la respiración por un instante. Pero se dominó enseguida, revolviéndose furiosa hacia Preston.

—¿Qué significa esto? ¿Por qué me han traído ustedes aquí?

—Le ruego tome asiento —le repuso Preston cortés—. Va a saberlo enseguida. A todos ustedes les pido perdón y unos segundos de paciencia. Venga, Sanders.

Salió al pasillo con el policía, cerrando la puerta.

—¿Qué ha habido con ella? —inquirió.

—Se mostró muy sorprendida y alarmada cuando le dije que debía acompañarme, señor. Luego me dijo que tenía que arreglarse y se metió en su alcoba. No pensé que podía tener teléfono allí hasta que la oí hablar, y entonces quise impedirselo, pero había cerrado la puerta por dentro. No obstante oí como decía: «¿No está? ¿Hace unos minutos? ¿Con quién?». Y luego colgó, el aparato,

viniendo a abrir. Estaba francamente preocupada y no hizo caso a mi admonición. Yo entré en la alcoba, vigilando el teléfono mientras se cambiaba detrás de un biombo.

—Está bien, Sanders, no tiene importancia. Vaya a por Paterson y esperen atentos aquí.

Volvió a entrar en el despacho y se quedó mirando a los tres citados, que, a su vez, clavaron sus miradas en él.

—Bien —dijo despacio—. He creído conveniente reunir aquí a las tres personas más directamente interesadas en este asunto, para contarles toda la historia y enseñarles luego al asesino. Éste, desde luego, es uno de los tres.

Si buscaba impresionarlos, debió quedar satisfecho, a juzgar por su reacción. Y verdaderamente lo estaba tanto como un artista al exponer una obra perfecta ante los entendidos. En medio de un silencio opresivo continuó:

—Desde luego, éste es un asunto extraordinario y un crimen «casi» perfecto en todos los detalles. Sólo la casualidad me ha permitido descubrir al asesino, lo reconozco. Pero es que el Azar ha sido realmente el gran jugador de esta partida. Hasta qué punto, ni el mismo asesino lo imagina.

Hizo una corta pausa para sacar una fotografía del bolsillo que puso boca abajo sobre la mesa de Mallory.

—Esta fotografía pertenece al asesino de la señora Granger —prosiguió, motivando un angustioso gesto en dos de los tres reunidos— y para empezar, voy a decirles cómo lo descubrí...

Sacó de su cartera una vieja carta, dándosela a Mallory.

—Diga, Mallory. ¿Esto fue escrito con la misma máquina que la apócrifa carta de «Wilbury & Sons», o no?

Mallory la estudió con interés. Luego sacó la carta falsificada de un cajón y las comparó minuciosamente.

—¿Dónde consiguió esto, Preston? —dijo sobriamente.

—Antes compare esto también.

Después de hacerlo con la otra hoja que le alargaba, el inspector jefe volvió a levantar la mirada.

—Las tres están escritas por la misma máquina.

—Bien. La primera fue escrita en un negocio de máquinas de

escribir de ocasión, en

St. Martin's

Lane. La máquina fue vendida a un cliente desconocido, hace más de seis semanas. Pero antes, y luego de repararla, la usaron durante cierto tiempo en la oficina, para venderla en perfecto estado; me fue fácil obtener una muestra de su trabajo. E identificaron al cliente que la compró, por esta misma foto.

—¿Dónde consiguió la segunda prueba?

—En casa de la señorita Borroughs.

Las miradas de todos convergieron en la joven, ahora intensamente pálida.

—¡Eso no es cierto! —chilló.

Preston la miró severo.

—Sí, lo es, y usted lo sabe. Escribí esta nota en la máquina que usted tiene en su casa. Y lo hice ayer mismo.

La cara de Eileen Borroughs, tan hermosa de por sí, se descompuso por la rabia y el miedo.

—¡Maldito polizonte! —volvió a chillar.

*Sir* Roger parecía ahora a punto de estallar con un ataque apoplético.

—¡Conque fuiste tú, mala víbora! —gritó apretando las grandes manos y haciendo ademán de arrojarla sobre ella, cosa que Preston impidió.

—¡Calma, *sir* Roger! Domine sus nervios.

—¿Cómo voy a hacerlo sabiendo que esa perdida a la que saqué del fango...?

—¡Silencio, *sir* Roger! —intervino Mallory, severo—. Recuerde quién es y dónde está.

Esto hizo que el caballero se dominase un tanto. Persiguió mirando a la joven con furia. Está, a su vez, le clavaba unos ojos llenos de odio.

Los desvió hacia Preston cuando, volvió a hablar.

—Yo no he dicho otra cosa sino que la máquina se halla en poder de Eileen Borroughs, *sir* Roger.

—¡Y es bastante!

—¡No lo es! —chilló la joven—. Le va a costar trabajo probar que yo compré esa máquina donde dice, polizonte..., porque la tengo en mi casa hace sólo dos semanas. Mi criada, el portero y

otros, pueden atestiguarlo. Y en cuanto a ti... —Se encaró con *sir* Roger—. Nada me alegraría tanto como verte muerto, pero donde yo te viera morir.

Había tanto odio en su voz, que todos se sintieron impresionados. Mallory la interpeló.

—¿Dice usted que puede probar que la máquina no está en su poder más que dos semanas?

—Sí, señor. La compré por entonces a un chamarilero...

—Eso es mentira —terció calmoso Preston—. Pero no hacen falta esas pruebas. Yo sé que no compró usted esa máquina en St. Martin's

Lane. Pero dejemos eso por ahora.

—¿Qué hay del papel de

«Wilbury & Sons»?

—inquirió Mallory.

—Se extrajo del muestrario de la casa Morton. Adiviné que provenía de allí por sus bordes tan amarillentos. Puedo probar el contacto del asesino con el libro de muestras. Falta una hoja que, ciertamente, resultará ser la de la carta. Y la empleada le reconoció en la fotografía.

—Muy bien... Prosiga —le apremió Mallory.

—En cuánto al chofer del taxi, el criminal tenía una coartada. Yo se la he destruido.

—¿Cuál era?

—Entre las ocho y media y las nueve y media de la noche, los bombones fueron puestos en el correo. Pues bien, entre las nueve y diez y las nueve y veinticinco, el asesino se dirigió apresuradamente, a esa vecindad, quizá en ómnibus o en el metro. Volvió en un taxi, pues se le hacía tarde. Y lo encontré al taxista que lo llevó.

Resultaba curiosa la expresión de los tres «invitados» a aquella reunión, y las miradas que se cruzaron entre ellos. Molly los vio, y aunque tenía formada su teoría acerca del culpable, instó a Preston:

—¿Quién es el asesino, Preston?

—La persona cuya fotografía está sobre la mesa. Pero no la vuelva, Mallory. Aún no he terminado. Queda lo mejor, la parte del azar.

—Hable.

—Estaba tan bien planeado... Nunca se nos ocurrió pensar que cometeríamos el error fundamental que el criminal quería que cometiéramos.

—¿Cuál era ese error?

—Que el plan había fracasado. Que una persona imprevista, había sido muerta. Eso era lo astuto del plan, precisamente. Porque no fracasó. Al contrario, tuvo un éxito brillante. No fue una persona imprevista la que murió..., sino la señalada.

Cuatro personas demostraron su excitación de muy diversos modos. Fue *sir* Roger el más ruidoso.

—¿Qué diablos insinúa? ¿Que esos bombones no eran para mí?

Preston le miró de un modo indefinido.

—No, *sir* Roger. Usted no ha estado nunca en peligro de ser envenenado, sino, de ser colgado de una cuerda.

La cara de *sir* Roger pasó del rojo al verde y luego al rojo otra vez.

—¡Maldito policía! ¡Acaso me está, acusando de envenenar a Joan..., a la señora Granger!

Sin hacerle caso, Preston se encaró con Mallory y los otros dos ocupantes del despacho, pendientes ahora de sus palabras, los últimos sobre todo, de un modo angustioso.

—Desde el principio fue su esposa, Granger, la presa señalada —dijo—. Por eso es tan ingenioso el enredo. Todo fue previsto hasta en los más nimios detalles. Era perfectamente natural que *sir* Roger le pasara a usted los bombones. También se pensó que buscaríamos al criminal entre las personas que tenían algo que ver con *sir* Roger y no con la muerta. Quizá fue previsto, igualmente, que el crimen se considerara como obra de una mujer.

Granger estaba mirando muy fijo al inspector, con la frente arrugada y una rara expresión en el rostro. Eileen Borroughs parecía como hipnotizada. *Sir* Roger, tal como si alguien le hubiese pegado un mazazo en la nuca.

Fue Mallory quien habló.

—¡Santo cielo! Preston..., ¡de modo que fue él!

Sin poderse contener alargó él brazo hacia la fotografía. Mas Preston le impidió cogerla.

—Espere. Hay algo más. Diga, *sir* Roger. ¿Le recuerda alguna cosa «The Bentley Arcus», en las cercanías de Huntingdon?

Fue como si le hubiesen pegado un latigazo.

—¿Cómo demonios...? ¡Cállese, Preston, o...! ¡Ella está...!

—Muerta, sí. Y resulta odioso tener que remover su pasado. Casi tan odioso y repugnante como su conducta, *sir* Roger.

—Todo este tiempo me he estado arrepintiendo de ello —masculó roncamente Ballantyne, mirando a la pared—. Bien sabe Dios que es cierto.

—Puede. Pero el mal ya estaba hecho.

—¿A qué se refiere, Preston? —inquirió Mallory.

—¡Cállese, Preston! Se lo..., se lo ruego —fue la sorprendente petición de *sir* Roger—. ¿Qué va a ganar con eso?

—Tal vez nada..., aparte su vergüenza. Granger, ayer me dijo usted que entre su esposa y *sir* Roger nunca existieron relaciones de ninguna clase.

—Así es —había algo extraño en los ojos y la voz de Granger—. Ella lo despreciaba. Pero..., ¿es que...?

—Entonces, ¿usted desconoce los motivos?

—¿De qué se trata? ¡Hable!

—Hace doce años, su esposa y *sir* Roger pasaron juntos varios días en una posada cerca de Huntingdon..., como recién casados.

Granger, lívido, saltó del asiento.

—¡No!

—Sí. El la engañó, haciéndole creer que era soltero. Ella tenía sólo dieciséis años y acababa de dejar el colegio. Se cegó y... Luego descubrió la verdad y huyó, regresando a su casa. Sus parientes la habían creído en la de una amiga y nadie supo su secreto, ni siquiera usted. Por eso despreciaba tanto a *sir* Roger.

—No..., no puedo creerlo... —balbució Granger—. Ella era tan recta...

—Sólo tenía dieciséis, años, y un error lo comete cualquiera.

—¡Vaya! —intervino, sarcástica, Eileen—. ¡Un mito menos!

—¡Silencio, tú! —No era Granger, sino Ballantyne—. ¡No la ofendas con tu sucia lengua o...!

—¿Quién habla de ofensas? ¿Tú, asesino?

Por un momento pareció que iban a atacarse, un viejo tigre y una joven pantera. Mallory y Preston lo impidieron...

Granger parecía fuera de la cuestión.

—Y después de todo..., fue como las demás —dijo despacio—.

Igual que todas...

—Continúe, Preston —dijo Mallory—. ¿Por qué la envenenó?

—Quería librarse de ella. No hay duda de que al principio le había gustado bastante, aunque siempre fue su dinero lo que buscó. Pero Joan Granger cuidaba demasiado de él. Él lo necesitaba, como fuese, pero ella no cedía. Éste fue el móvil principal, sin duda alguna. He hecho una lista de las firmas en que tiene intereses y todas están en mala situación. Ya había acabado con su propio dinero, pero tenía que conseguir más. Había otra mujer que se lo exigía sin tasa y estaba obcecado por ella..., todavía lo está. Así es que se decidió por el único camino. Lo de la nitrobencina, que tanto nos intrigó al principio, es muy sencillo. Busqué, y hallé que, además de las aplicaciones más conocidas, se emplea también ampliamente en perfumería. Él tiene negocios de esa clase, por eso sabía que era tóxica... Pero no creo que se proveyera ahí.

¡No es tan tonto! Quizá la fabricó por sí mismo. Cualquier chico de la escuela sabe cómo tratar el benzol con ácido nítrico para obtener nitrobencina.

Mallory se volvió severo a Ballantyne.

—Tendrá que quedarse aquí, *sir* Roger. Y le advierto que cuanto diga en adelante se lo to...

*Sir* Roger se levantó de un salto, llameantes los ojos.

—¿Qué diablos dice? ¿Es que aún no ha entendido, maldito idiota...?

—Calma, *sir* Roger —intervino Preston fríamente—. Mallory, yo no estoy hablando de *sir* Roger Ballantyne, sino —se encaró con los otros dos— de Harvey Granger, al que acusó formalmente del envenenamiento de su esposa, con la complicidad de su amante Eileen Borroughs.

## EPÍLOGO

La puerta acababa de cerrarse detrás de Harvey Granger y Eileen Borroughs, convictos de envenenamiento. Y un aturrido *sir* Roger Ballantyne había marchado poco antes a su club, bajo formal promesa de no abandonar la ciudad sin permiso policial.

Mallory encendió un cigarro, mirando fijo a Preston.

—Y ahora termine de explicarme todo ese enredo.

Preston arrellanóse en la silla, poco ortodoxamente, y sacó la pitillera.

—Como ya le he dicho varias veces, el asunto de los bombones de licor es una completa demostración de cómo el Azar interviene en las vidas humanas, enredándolas con hilos invisibles. Tomemos, por ejemplo, a Ballantyne. Es un perfecto tipo donjuanesco, cínico e indiferente hacia los métodos que usaba para con las mujeres. Para él, sólo el fin importaba y éste era conquistarlas, abandonándolas cuando se cansaba, sin importarle un ápice sus sentimientos ni el daño material o moral que les hacía. Pero con Gladys Joan Granger tuvo su doña Inés. Es posible, que al principio, sólo fuese un capricho, una más. Pero al perderla, se dio cuenta de que la amaba de verdad. Todos estos años la persiguió sin cesar, herido y humillado por su desprecio, pero lo suficientemente enamorado para no intentar el escándalo ni tampoco nada que pudiese dañarla. Por él, nunca se habrían sabido sus relaciones.

»Joan Granger era por lo visto todo un carácter. Me figuro su reacción al conocer la indigna trampa que se le había tendido a su inexperiencia y que tan caro le costó. Fue lo bastante inteligente para ocultar su falta, pero no se la debió perdonar nunca a sí misma. Por eso rompió con Dalkeith cuando éste la pidió en matrimonio. Lo del interés de éste por su dinero fue un cuento. Sí

que lo tenía al principio, pero acabó sinceramente enamorado, pude averiguarlo. Y ella era lo bastante lista para verlo.

—¿Entonces...?

—Ella también lo amaba, por eso fue que rompió. Su orgullo le impedía confesarle su falta y nunca se hubiera casado con él ocultándosela. Fue como una expiación.

—Pero se casó con Granger...

—Sí. Sin quererlo, al menos como amaba a Dalkeith. Por eso lo aceptó y se calló. También le sabía interesado por su dinero, y tal vez se dijo que no procedía mal ocultándole su falta a quien la engañaba respecto, a sus móviles. Las mujeres razonan incomprensiblemente para nosotros los hombres, ya lo sabe. Fuera como fuese, se casó y le fue fiel. Desde luego, despreciaba a los hombres, después de su amarga experiencia con Ballantyne. Y a éste más que a nadie; jamás lo perdonó.

—Vamos a él...

—Primero a Eileen Borroughs. Es otro tipo interesante; ambiciosa, fría y sin escrúpulos. Se propuso vivir y lo logró. Fue Ballantyne quien la sacó de la nada, haciéndola su amante y dándole su oportunidad, pero no fue él primero; hubo otros antes, que ella le ocultó. Durante largo tiempo, sus relaciones no sufrieron enfriamiento, acaso porque los dos se comprendían muy bien. Y desde luego, él no le fue fiel..., ni ella tampoco. Si lo sabían es cosa que ignoro, aunque supongo que él no. Debió romper al enterarse, y Eileen sufrió en su amor propio por ello. También porque, a su manera, quería a su cínico amante. Ya ha visto su odio. Tiene mucho de amor.

Hizo una pausa para proseguir:

—Pero Eileen no es de las que se apuran y pierden el tiempo. Aprovechó muy bien el suyo, por el contrario. Su profesión le facilitó el camino y los medios. Con unos y otros, llegando incluso al chantaje, fue redondeando una buena fortunita. Entonces conoció a Harvey Granger, vio que era una presa fácil e interesante..., y lo cazó.

»No le costó trabajo. Pasados los primeros meses de matrimonio, Granger se cansó de su recta esposa, añorando la indigna existencia alegre que antes llevara. Y Eileen Borroughs era el tipo de mujer que más podía gustarle. La asedió y ella se dejó querer, tendiéndole

su propia trampa sabiamente. Tanto, que Harvey Granger terminó enamorado ciegamente de una antigua amante de Ballantyne, al igual que se había casado con otra. ¡Caminos tortuosos del Azar!

Chupó el cigarrillo, pensativo. Mallory lo escuchaba con enorme interés, casi sin acordarse de su cigarro.

—Eileen es muy lista —añadió—. Vio en su nuevo amante una magnífica oportunidad de asegurar su porvenir y decidió aprovecharla. Para ello tenía que obrar inteligentemente, y así lo hizo.

»Lo convenció de que debía sacarla de la casa de modas fingiendo dejarse convencer por él. Y una vez tuvo su piso propio procuró que nadie supiese sus relaciones. Un plan se iba formando en su mente...

—¿Casarse con él?

—Sí. Para ello, cuando estuvo segura de Granger, le contó sus relaciones con Ballantyne, presentándose a sí misma como la víctima inocente de un tenorio sin escrúpulos. Fue una jugada maestra. Granger odió al hombre que había poseído antes a su amante, y desde entonces deseó su perdición.

»También comenzó a desear la muerte de su esposa. Cuando este deseo tomó forma en su subconsciente, tal vez no lo sepamos nunca. Cuando Eileen le habló de la felicidad que tendrían, si en vez de unas relaciones clandestinas con todos sus peligros, fueran marido y mujer, tampoco.

»Pero Granger comenzó a pensar en quitarse a su esposa de en medio para tener dinero otra vez... y poder casarse con Eileen.

—Siga.

—Posiblemente tardó meses en preparar su plan. Previo, desde luego, toda posible contingencia. Y cuando lo tuvo completo, lo ejecutó.

—¿Cómo?

—Llevando a su mujer al «Excelsior», estableció una coartada fácil, por si alguna vez se sospechaba de él. En el primer entreacto se deslizó fuera del teatro, fue al Strand, echó el paquete al correo y volvió al taxi. Contaba con diez minutos, pero nadie notaría si llegaba uno o dos más tarde. El resto es simple. Sabía que *sir* Roger iba al club todas las mañanas a las diez y media, con la regularidad de un reloj. Sabía, por Eileen, que éste odiaba, los bombones, y

tenía la certidumbre psicológica de que conseguiría que se los cediera, si se lo sugería. Sabía, también, que la policía se pondría a la caza de toda clase de pistas falsas partiendo de *sir* Roger. En cuanto al papel de la envoltura y la carta falsificada, no los destruyó, pues entraba en sus cálculos desviar sutilmente las sospechas hacia algún enemigo de *sir* Roger.

—Bueno, es usted muy ingenioso —suspiró Mallory—. Pero aún no me ha dicho cómo dio con el verdadero camino.

—Por una mera casualidad. Fue una dama charlatana, de la que huyo como del diablo, quien me puso sobre la pista, sin ella darse cuenta.

—¡Vaya! ¿Y qué fue lo que le dijo? ¿Se lo reveló todo en un momento?

—No fue tanto lo que me dijo como lo que entresaqué de sus palabras. Lo que me contó fue que la señora Granger sabía la solución de la famosa apuesta. Lo que yo deduje fue que tenía razón en lo último. Siendo la señora Granger como era, resultaba increíble que hubiese hecho una apuesta con su esposo, conociendo la solución de antemano. Eso no casaba con lo que de su carácter sabía yo. Luego, sólo me quedaba un camino a seguir. Ella no apostó. No hubo, pues, tal apuesta. Y en ese caso, Granger había mentido. Por lo tanto, él había querido conseguir esos bombones por otra causa que la expresada. Luego, encontré una curiosa fotografía en casa de la dama en cuestión y comencé a ver claro. Más tarde, por casualidad, le vi entrar en un restaurante apartado con una mujer, cuando se le suponía abatido por la muerte de su esposa. Descubrí quién era ella, logré que la identificaran en varios sitios, husmeé sus negocios y su vida privada... y vi la solución.

Fumó despacio, efectista, para seguir:

—El «quería» precisamente esos bombones para su esposa. Y, por supuesto, no la dejó aquella tarde hasta verla comerse, por lo menos, seis bombones. Si la obligó a ello de algún modo, es cosa que ignoro, pero tenían que ser seis o más bombones. Por eso estaba el tóxico en esas dosis minuciosas de seis gotas. Él tenía la certeza de que podía comer un par de bombones sin excesivo peligro. Un golpe maestro.

»Sólo que Eileen sospechó enseguida la verdad y se aprovechó de su enamoramiento para sonsacársela. Entonces lo tuvo en sus

manos, y se vio ya entrando en la mejor sociedad como esposa de Harvey Granger. Tal como estaban las cosas, nadie podría nunca sospechar nada, excepto de *sir* Roger, al que los dos odiaban por distintos motivos, y a quien casi han llevado a la horca. Tal vez le sirva de escarmiento.

Mallory suspiró.

—Bueno, asunto terminado... El Azar Vengador, supongo que llamará usted a esto, ¿eh? Y no obstante, hay algo bastante grande que Granger dejó al azar, Preston. Supongamos que *sir* Roger no le hubiera cedido los bombones. Que se los hubiera guardado para alguna de sus amigas, y comido él alguno.

Preston rió triunfante.

—»No hubiera tenido ninguna consecuencia que *sir* Roger obrara así. Concédale a Granger más talento, hombre. ¿Usted cree que mandó a *sir* Roger los bombones envenenados? Le envió unos bombones absolutamente inofensivos y, una vez en su casa, los cambió por los otros. ¡Qué diablos! No iba a ser tan tonto como para dar ocasiones al Azar...

Se quedó mirando la ceniza de su cigarrillo, y añadió, pensativo:

—Sí, Azar es realmente la palabra.

FIN



eso  
tiene  
**VETERANO**  
**VETERANO**  
tiene  
eso



VETERANO  
es de  
**OSBORNE**



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptes. • Impreso en España • Printed in Spain